

## CAPITULO 6

# Sobre el sentido común de la justicia

## Metafísica y pragmática de la responsabilidad

*La principal distinción política entre sentido común y lógica radica en que el primero presupone un mundo común en que todos tenemos nuestro lugar y en el que podemos vivir juntos porque poseemos un sentido capaz de controlar y ajustar nuestros propios datos sensibles a los de los otros, mientras que la lógica, y toda la autoevidencia de la que el razonamiento lógico procede, puede pretender una seguridad independiente del mundo y de la existencia de los demás. (Arendt, 1995 [1953]: 40).*

### Introducción

La sociología se suele presentar en público como la ciencia de los grupos y las clases sociales o, como se dice ahora, los “colectivos”, en los que viven las personas y de las desigualdades dentro y entre grupos. El sociólogo es esa clase de experto presuntamente fideicomisado por los demás miembros de nuestra comunidad para liberarles, *contra* su propio criterio, de las ilusiones inconscientes y las falsedades alevosas que plagan históricamente su *sentido común de la vida en común*. A tal objeto el sociólogo ha de esclarecer mediante el concepto y el número, quien pertenece y quien no pertenece a un grupo y, así mismo, quien posee en mayor o menor cantidad una serie de atributos, como el dinero, el “capital cultural” o la conciencia revolucionaria, consierados a su vez patrimonio exclusivo de un grupo particular. Y sin embargo vivimos, en muchos aspectos de nuestra existencia contemporánea, avasallados por los monstruos tecnocráticos creados por la crítica sociológica de la vida cotidiana.

Desde el siglo XVII, con la feroz cruzada filosófica emprendida por Thomas Hobbes contra los demonios gemelos del Vacío Físico y la Guerra Civil (Shapin y Schaffer, 1985) hasta los más recientes proyectos modernistas y postmodernistas de codificación de los fundamentos morales de la acción comunicativa (Habermas) o las estructuras histórico-sociales de posibilidad de la subjetividad individual (Foucault), el terrorífico presupuesto

filosófico de la *decidibilidad política* de la acción social es la segadora universal de la que se sirve el pensamiento filosófico para desbrozar la selva de la vida humana. Pero han sido sobre todo las modernas ciencias sociales, la antropología, la psicología, la economía, la sociología y la politología, quienes, cumpliendo irónicamente el perverso sueño libertario de cierta crítica filosófica de la convención moral (Deleuze y Guattari, 1994 [1980]: cap. 12), han convertido esta máquina intelectual en “máquina de guerra” contra la libertad de nuestros semejantes, esto es, en el *imperativo tecnológico* sobre el que asentar la posibilidad práctica de construir una *ordenación burocrática duradera* de la vida política en las sociedades complejas.<sup>1</sup> Este eficaz programa de ordenamiento *práctico* de la conducta admite desde la versión “exógena” más simple del autoritarismo nacionalista hasta las versiones “endógenas” más sutiles que ofrecen las tecnologías normalizadoras de “gobierno a distancia” instrumentadas por los regímenes liberales avanzados, versiones suaves del orden social que los sociólogos adjetivamos como “meta-estables” (García Olivares, 1988), “auto-organizadas” (Dupuy, 1996), “estadísticamente reflexivas” (Izquierdo, 1999) o “caóticas” (Escohotado, 2000).

## **Lo verdadero y lo justo: sociología pragmática de la cognición y la moral pública**

La teoría sociológica contemporánea ofrece, como hemos visto, múltiples herramientas conceptuales y métodos de investigación para atacar el tipo de dilemas políticos y morales que presenta la “simetrización” del conocimiento experto y el conocimiento lego, o de sentido común. Una de las líneas de ataques más fructíferas, la abierta por en Estados

---

<sup>1</sup> “Gobernar una esfera de la vida social requiere que pueda ser representada, retratada de modo tal que aprehenda su esencia y la re-presente en una forma en la que pueda entrar en la esfera del cálculo político explícito y consciente. Las teorías de las ciencias sociales, de la economía, la sociología y la psicología, proporcionan de este modo una especie de *maquinaria intelectual* para el ejercicio del gobierno, en la forma de procedimientos para hacer pensable el mundo, domesticando su realidad intratable mediante su sujeción a análisis disciplinados del pensamiento. Las teorías y las explicaciones juegan una parte esencial en la reversión de las relaciones de poder entre el aspirante al mando y aquel sobre el cual el mando ha de ejercerse. [...] Se articulan así relaciones de reciprocidad entre las ciencias sociales y los programas gubernativos de reforma. En la medida en que el gobierno depende de estas ciencias tanto para su lenguaje como para sus cálculos, las ciencias sociales medran con los problemas de gobierno, la demanda de soluciones y la atracción de teorías que poseen la plausibilidad de la ciencia y la promesa de un disciplinamiento y una tecnologización racional del campo político.” (Rose y Miller, 1992: 182)

Unidos por la *etnometodología*<sup>2</sup> a finales de la década de los 50, ha sido reencontrada y reespecificada en formas novedosas en el continente europeo, y muy especialmente en Francia (esto es, en París) a lo largo de las dos últimas décadas. Uno de los desarrollos más interesantes en este sentido es, a mi juicio, el modelo de los *órdenes de legitimidad moral* (*ordres de grandeur*) elaborado por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Laurent Thévenot y cuya presentación sistemática puede encontrarse en su libro *De la justification. Les économies de la grandeur* (Boltanski y Thévenot, 1991).<sup>3</sup> En *De la justification*, Boltanski y Thévenot presentan un original modelo combinatorio de los diferentes tipos de servidumbres (*contraintes*) de carácter semiótico y también físico a los que deben plegarse un tipo particularmente complejo de acciones humanas, las acciones *en régimen de justificación* que pretenden vincular eventos particulares a la búsqueda de una entidad metafísica, el *bien común*, para poder ser efectivamente *puestas a prueba* de forma *legítima* por aquellas otras acciones características que se desarrollan *en régimen de crítica*. Las cuales acciones, a su vez, han de cumplir simétricamente con exactamente los mismos requisitos convencionales de formalización argumentativa y objetual para poder pasar del estatuto de quejas privadas al

---

<sup>2</sup> La dura purga política a la que ha venido siendo sometida esta rareza del pensamiento (disciplinariamente) anti-disciplinario enquistada desde hace más de cuarenta años en las ciencias sociales, es prueba palpable de las notables resistencias que debe enfrentar el eventual cuestionamiento interno, dentro de la propia academia universitaria, del dogma que anima a la sociología crítica: la supeditación epistémica del conocimiento social al conocimiento sociológico como fundamento para la acción política transformadora. En su obra más conocida, *Studies in Ethnomethodology*, publicada en 1967, Harold Garfinkel detalla el programa de investigación de la etnometodología a través de un complejo entramado de sutiles aunque crípticos lemas programáticos -eg. “la marca de todo razonamiento sociológico práctico, allí donde sucede, es el intento de poner remedio a las propiedades indexicales [derivadas de su pertenencia a un contexto local concreto] del habla y la conducta de los miembros de una sociedad.” (Garfinkel, 1984 [1967]: 10-11). Una definición clara y concisa de qué sea lo que subyace bajo esta expresión es la ofrecida por Michael Lynch, sin duda el alumno académicamente más activo e influyente de Garfinkel, en un celebrado libro reciente sobre las relaciones entre etnometodología y sociología de la ciencia. Según Lynch la etnometodología es “un modo de investigar la relación genealógica entre las prácticas sociales y las explicaciones de estas prácticas” (Lynch, 1993: 1). Tras ofrecer al mundo la crítica más feroz del cientifismo crítico del sociólogo, la etnometodología ha acabado haciéndose un hueco institucional particularmente fructífero como una más de las “perspectivas teóricas” que compiten en campos tan institucionalizados como la sociología de la desviación (Garfinkel, 1959; Cicourel, 1967), la metodología de la investigación social (Garfinkel, 1984 [1967]; Cicourel, 1982 [1964]) o, más recientemente, los estudios sociales sobre la ciencia (Lynch, 1993; Maynard y Schaeffer, 2000).

<sup>3</sup> A diferencia de los trabajos de sus colegas del Centro de Sociología de la Innovación de la Escuela de Minas de París, Bruno Latour y Michel Callon, el programa de investigaciones del Grupo de Sociología Política y Moral (GSPM) de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, animado por los mencionados Boltanski y Thévenot, junto con Alain Desrosières y el difunto Michael Pollak, es poco conocidos fuera de las fronteras académicas de la sociología francesa. La revista *European Journal of Social Theory* ha dedicado recientemente un número monográfico a presentar los trabajos de Boltanski y Thévenot al público anglosajón. El número (vol. 2, n. 3, 1999) incluía contribuciones de los propios Boltanski y Thévenot (“The Sociology of Critical Capacity”, pp. 359-377), Peter Wagner (“After Justification”, pp. 341-357) y Thomas Bénatouïl (“A Tale of Two Sociologies”, pp. 379-396). En la literatura en castellano, junto con el trabajo de Desrosières (1990 [1995]), puede encontrarse una sucinta presentación de las principales líneas de investigación del GSPM en Corcuff (1998: 75-79, 81, 94-100).

de denuncias públicas.

El modelo teórico de las economías de la legitimidad moral (*économies de la grandeur*) intenta, en suma, servir de cuadro analítico para examinar la lógica situada del paso de lo particular a lo general, esto es, la tensión entre el juicio y la acción en un contexto práctico de la que se hace cargo, en la tradición de pensamiento de la filosofía política, la noción clásica de *prudencia* (Boltanski y Thévenot, 1991: 187).

#### Juegos de sociedad: de lo probable a lo justificable

Sin embargo, a principios de los años 80, las investigaciones del economista y estadístico Laurent Thévenot sobre la extensión del concepto económico de inversión al trabajo de fabricación de estándares cognitivos (Thévenot, 1984) y su relación con el problema (explorado en colaboración con el estadístico y sociólogo Alain Desrosières) de las operaciones cognitivas de cualificación y juicio probabilístico (Thévenot, 1983), tenían aparentemente poco que ver con el nuevo programa de investigaciones puesto en marcha por el sociólogo Luc Boltanski, discípulo aventajado de Pierre Bourdieu, tras la finalización de su Tesis de Estado sobre la construcción política de la clase directiva (*Les cadres*, 1982). Interesado, a raíz de su trabajo sobre las vías de promoción empresarial de los directivos autodidactas, por el desenvolvimiento argumental de un curioso tipo de litigios profesionales que podían llegar a prolongarse durante muchos años (los “*affaires* de toda una vida”) y sobre la base de un trabajo preliminar de tratamiento semiótico y estadístico de un corpus de 275 quejas por escrito enviadas al periódico *Le Monde* durante el período 1979-81 (Boltanski, 1984), este sociólogo había comenzado a explorar los problemas teóricos, aparentemente tan diferentes, del tipo de experiencias que hacen surgir en los individuos un “deseo de justicia”, el trabajo político de denuncia pública mediante el cual los individuos buscan satisfacer ese deseo, las modalidades “normales” de apelación individual a la opinión pública, y las acusaciones de paranoia como caso límite (psicologización de lo político) de ese sistema de economía moral (Boltanski, 1990).

El modo de articulación inicial de estos dos proyectos investigadores tan aparentemente heterogéneos lo revelan un conjunto de “experimentos meta-sociológicos” diseñados y llevados a cabo por ambos autores durante 1981 y 1982 (Dosse, 1995: 57-58) al objeto de probar la consistencia práctica entre los métodos de inducción cualitativa

empleados por los ciudadanos legos y los métodos de inducción cuantitativa empleados por los sociólogos profesionales para “moverse a través del espacio social” (Boltanski y Thévenot, 1983).<sup>4</sup> En estos experimentos Boltanski y Thévenot proponían a diferentes grupos de personas -cuadros del departamento de marketing de una gran empresa, trabajadores sociales, vendedores de una multinacional de la alimentación, estudiantes de enfermería, parados con formación universitaria, profesoras jubiladas de enseñanza primaria secundaria- un conjunto de ejercicios de clasificación sociológica de personas. En el primer ejercicio se daba a cada uno de los miembros de un grupo un mazo de 65 fichas de datos personales (edad, dirección, estudios, profesión, puesto, empresa, etc.) elaboradas a partir de la información censal y se les pedía que definieran una sistema de categorías sociales (clase baja-media-alta; agricultura-industria-servicios; sector público-privado) para agrupar las fichas y luego que negociaran en grupo la combinación de los sistemas individuales en una sola taxonomía final. En el segundo ejercicio se pedía a los participantes que escogieran de entre las 65 fichas tres “ejemplos típicos” de directivos y obreros manuales.

El tercer y más sabroso ejercicio consistía en un juego de sobremesa, el “juego de la persona misteriosa”, en el cual los participantes tenían que identificar la ocupación o los “círculos sociales” (*social milieu*) de una persona real aunque desconocida para ellos haciendo averiguaciones sucesivas a partir de una serie de “pistas”, aportadas por las respuestas de la persona misteriosa a un cuestionario de identificación sociológica. Para obtener las pistas los jugadores, a quienes se daba un presupuesto inicial de dinero ficticio, debían “comprar” a un banquero fichas con las respuestas del cuestionario y ganaba la partida el jugador que, gastando un mínimo de dinero, reunía información suficiente para identificar con mayor precisión la ocupación o medios de vida del sujeto en cuestión. La variable de control fundamental introducida por los sociólogos en la forma de regla de juego para modular el comportamiento de los jugadores era una estructura diferencial de precios de los varios tipos de información disponibles según la cual las respuestas a preguntas sobre variables situacionales altamente correlacionadas con la ocupación (cualificación laboral, ingresos, tipo de empresa, etc.) tenían precios muy altos, mientras que la información sobre

---

<sup>4</sup> Boltanski y Thévenot publicaron originalmente los resultados de estos experimentos en inglés, en un artículo de 1983 de la revista *Social Science Information* que tenía el revelador título de “Finding one’s way in social space” [Encontrando nuestro camino a través del espacio social]. Pese a encuadrarse todavía parcialmente dentro del paradigma sociología crítica del conocimiento elaborado por Pierre Bourdieu, este artículo fundador condensa ya todo el potencial de ruptura epistemológica y metodológica que los autores desarrollarían plenamente ocho años más tarde en *De la justification*.

propiedades relacionadas con la vida privada de los sujetos (últimos libros leídos, discos favoritos, lugares de vacaciones, hobbies, etc.) eran relativamente más baratas.

A través de un análisis de contenido de las grabaciones en audio y vídeo de una serie de partidas de este juego, Boltanski y Thévenot caracterizan el comportamiento del “jugador excelente” como aquel cuyas secuencia de jugadas revela a la vez rasgos de (1) economía (pide mayormente información sobre la vida privada), (2) acumulación (“una nueva pieza de información no le hace abandonar el conocimiento previo obtenido sobre la persona”), (3) no redundancia (“mediante un sólo indicador llega al conjunto de disposiciones sociales que el análisis estadístico muestra como fuertemente relacionadas entre sí”), (4) flexibilidad (es capaz de modificar la imagen de la persona desconocida para adaptar la nueva información obtenida), (5) precisión (sabe cuando pararse y nunca emplea información de más) y (6) destreza práctica, pues suele ser capaz de movilizar de manera óptima (al modo de la teoría de la probabilidad condicional) su propio conocimiento práctico del mundo social obtenido a través de una serie de experiencias sociales previas, explicitándolo de manera suficiente “para poder usarlas como herramientas para descodificación de los fragmentos de información reunidos.” (Boltanski y Thévenot, 1983: 663). El artículo ofrece la transcripción de una secuencia prototípica de juego exitoso.

“Jean preguntó primero por el sexo (1 franco) de la persona misteriosa. El croupier le dice que se trata de una mujer. A continuación preguntó su edad (1 franco) –50 años- y su estado civil. En la ficha precodificada que le dio el croupier estaba señalada la categoría “soltero” seguida de las palabras escritas a mano “concubina”. Luego preguntó si la mujer posee vivienda o la alquila (1 franco). Respuesta: “alquiler” (comentario del jugador: “¿alquila? ¿con 50 años?”). A continuación el jugador compró el lugar de residencia (3 franco). La respuesta: “París, 7<sup>o</sup> *arrondissement*”. (A lo que el jugador comenta: “Interesante”. Jean conoce bien la zona, tiene amigos allí y durante un tiempo trabajó en el barrio como peluquero de señoras. Sabe que es un distrito rico, “burgués”, conoce sus tiendas de artículos de lujo, etc.) Su siguiente pregunta es sobre los tres programas de televisión favoritos de la mujer (3 francos): “Número uno, seriales y *Les Dossiers de l'écran* [un programa de entretenimiento muy popular] (su comentario: “Es una conserje. Concubina, con un piso alquilado, que ve programas como esos ¡y en el distrito séptimo! Tiene que ser conserje.”) Jean hace entonces una última pregunta sobre su coche (3 francos): “Alfa Romeo Sprint, 1979”. Detiene el juego y le pasa su respuesta por escrito al croupier: “No es una conserje, debe tener un comercio. Sí, tiene que tener una tienda para tener gustos como esos en los programas de televisión. Una peluquera, o de una tienda delicatessen, sí, seriales, *Les Dossiers de l'écran* y un Alfa Romeo ¡en el séptimo!” (id., 661-62).

El jugador excelente del juego de identificación social planteado por Boltanski y Thévenot se comporta, en suma, tal como lo prescribe la teoría (sociológica) y la metodología (estadística) de la investigación empírica sobre la estructura social de nuestras sociedades. Pero al margen del éxito o el fracaso de las jugadas, el análisis de Boltanski y Thévenot distingue dos tipos ideales de jugador en el juego de la identificación social. Por un lado

estarían aquellos ‘jugadores legalistas’ (cuyo perfil sociológico es el del hombre, con carrera profesional ascendente u ocupando puestos directivos) que se decantaban por pedir respuestas a preguntas de tipo “institucional” sobre características oficiales de los individuos tales como años de escolaridad o coste del alquiler de su vivienda. A quienes se les oponen aquellos otros ‘jugadores interpretativos’ (mujeres en puestos de mando intermedios o bien varones en puestos subordinados o con altibajos en la carrera profesional) que tienden a guiarse por índices aun no codificados institucionalmente, como la marca del coche o el programa de televisión favorito.

Así, mientras que, en un extremo, el ‘jugador hiper-legalista’ que gasta su dinero en preguntas seguras u oficiales (ingresos, título escolar) sin decidirse a aplicar su conocimiento privado de la estructura social para economizar simultáneamente información y dinero, suele ser superado en general por aquellos jugadores cuyo estilo les invita a aventurarse por los laberintos inductivos de la información de carácter privado; en el otro extremo, el ‘jugador hiper-intuitivo’, que extrapola salvajemente la profesión del desconocido a partir de un indicio muy débil como la respuesta a una pregunta sobre su revista favorita, puede ser acusado por sus rivales de “ser un paranoico”.<sup>5</sup> En estos últimos casos, finalmente, lo que llamó la principalmente la atención de Boltanski y Thévenot fueron los elaborados argumentos *sociológicos* esgrimidos por los jugadores para *justificar* sus arriesgadas jugadas: “En estos días la marca del coche ya no te dice nada”, “Las vacaciones invernales no significan nada hoy en día. Todo el mundo las tiene –lo que hace falta saber es cómo y donde”, “Cualquiera puede salir a navegar, pero ¿es en un yate pequeño o en uno grande, en un lago o en el mar”, etc. (id., 664). El trabajo de elaboración teórica y metodológica que debían llevar a cabo por estos jugadores para tratar de responder a las críticas recibidas era así directamente proporcional al grado de aventuramiento o “debilidad oficial” de sus jugadas interpretativas y, por tanto, al grado de “solidez” (estadística o administrativa) de los argumentos críticos que los jugadores legalistas podrían esgrimir para desacreditar su estilo de juego.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> “Cuando Claude recibió, en respuesta a su pregunta por los tres mejores amigos [de la persona misteriosa], “primera vendedora”, comentó: “Debe ser alguien que ha promocionado socialmente, porque si no sólo habría puesto ‘vendedora’”. Construía de este modo una pieza de información que previamente había escapado a la atención de los demás... Claude *interpretó* la respuesta. Otorgando una intencionalidad objetiva, y por tanto un significado, a una palabra, la presencia de una palabra, que “no debería” haber estado ahí. Lo cual le expuso a la acusación de “sobre-interpretación”: “esa palabra está ahí por accidente”, “el hecho de que esté ahí no tiene ninguna importancia”, etc.” (Boltanski y Thévenot, 1983: 661).

<sup>6</sup> “La fase final del juego es análoga a un proceso de estabilización en el que lo que tiene que ser consolidado no

## Pragmática del juicio

En un primer momento, pues, el programa de *sociología pragmática* (Dodier, 1993; Bénatouil, 1999) que inauguraron los ingeniosos experimentos de identificación social diseñados por Boltanski y Thévenot, hizo suya la crítica etnometodológica de la arrogancia con la que la sociología trata las explicaciones que dan la personas de sus propios actos lingüísticos y materiales (Garfinkel, 1984 [1967]; Lynch, 1993). El estatuto especial del trabajo inductivo a través del cual el sociólogo pretende reconstruir las estructuras sociales subyacentes a la acción de los sujetos sociales -trabajo que constituye el principal recurso científico de la sociología crítica- es puesto en cuestión por unos análisis que identifican los discursos sociológicos sobre las estructuras sociales entre la nutrida batería de recursos argumentativos que emplean los propios actores sociales para criticar las acciones de los demás o justificar las propias.

Este modelo simple de consistencia intelectual entre el sujeto y el sujeto de la investigación social puede ser ampliado añadiendo al eje de la simetría cognitiva (o eje de la totalización) un segundo eje de simetría valorativa (o eje de la alteridad), atrapando las operaciones investigadoras fundamentales que llevan a cabo los sujetos y los científicos sociales dentro un modelo de conducta más realista (Dodier y Baszanger, 1997). En el nivel de su génesis práctica, el trabajo del sociólogo se distinguiría por el tipo de *totalizaciones* o resúmenes que lleva a cabo con el fin organizar, comprimiéndolos y refinándolos, sus datos. Así, resúmenes teóricos, estadísticos, monográficos, narrativos, “jurisprudenciales” -más todas las combinaciones posibles. Mientras que al nivel de las consecuencias sociales de su labor, la sociología ofrece a su público diferentes tipos de *alteridades*, esto es, las diferencias y similitudes básicas que cada lector identifica en los retratos humanos que el investigador les presenta –esto es, las “diferentes maneras de mostrar al lector aquello por lo que las personas presentes y actuantes en los textos le son a la vez similares y ajenas.” (Dodier y Baszanger,

---

es tanto la imagen misma [de la persona misteriosa] como la propia creencia del jugador en la validez de la imagen que está a punto de comunicar al croupier. Para confirmar su validez, pero también para reducir la ansiedad que implica el arriesgar una interpretación personal que puede exponerle al ridículo, el jugador está tentado de cubrirse las espaldas con una explicación razonada, basada en las variables oficiales (cualificaciones laborales, ingresos, etc.). La estructura de precios del juego penaliza estas dudas y permite evaluar el precio que damos a las explicaciones legitimadas por las leyes jurídicas o incluso por las leyes estadísticas por oposición a las interpretaciones intuitivas basadas en pistas.” (id., 666).



1997: 52). Los personajes del sociólogo pueden así presentar al lector una alteridad de tipo *cultural* cuando han sido inscritos por el análisis dentro de una *comunidad* diferente de la nuestra (“los Masai”), una alteridad de tipo *biográfico* en razón de su adscripción histórica a una *trayectoria vital* diferentes (“la Generación del 98”), una alteridad de tipo *estatutario* cuando se les supone inmersos en una macroestructura organizativa en cuyo interior ocupan una *posición social* diferente de la nuestra (la “clase dominante”); o bien, finalmente, una alteridad de carácter *situacional*, cuando, en el marco de la microestructura organizativa de una situación social, son asignados por el sociólogo a una *posición interaccional* diferente a la que ocupa el lector (“el personaje de la novela”).

Con el propósito de fundamentar teóricamente este último tipo de alteridad etnográfica, en el segundo momento teórico de la elaboración del programa de la sociología pragmática francesa, Luc Boltanski (1984: 7 y 1990: 266ss.) introdujo en el repertorio conceptual de la sociología pragmática los términos “actante” y sistema “actancial”, vernáculos de la teoría semiótica estructural desarrollada por Algirdas Julien Greimas en la década de los 60, a través de una relectura de las investigaciones de los sociólogos de la ciencia Michel Callon y Bruno Latour sobre la incertidumbre fundamental que afronta el trabajo analítico de cualificación de las identidad (¿cosa? ¿persona? ¿ente metafísico?), la posición (¿acusador? ¿acusado?) y las capacidades de acción (¿con ventaja? ¿tocado? ¿hundido?) de los actores que participan en una controversia científica (Callon y Latour, 1981: n. 8). La estrategia investigadora de la sociología pragmática de definir las competencias de los sujetos a partir de sus actos y no a la inversa, se articula así en la forma de un modelo de persona como ocupante potencial de todas y cada una de las distintas posiciones actanciales (sujeto/objeto/mediador/innovación; víctima/perseguidor/defensor/juez, etc.) que configuran una situación de interacción.

“Al igual que hace la pragmática lingüística, aunque en un contexto diferente, la sociología pragmática pone en cuestión la prioridad de la competencia [*compétence*] sobre el desempeño [*performance*] y define a los actores (las competencias) a partir de sus acciones (desempeños) y no a la inversa. Es necesario señalar aquí la influencia de la semiótica de Greimas a quien la sociología pragmática toma en préstamo la noción de *actante* al objeto de designar al sujeto de la acción sin determinar *a priori* su estatuto y su identidad. La sociología pragmática no habla por tanto ni de personales psicológicas o sociales ni de personas morales o jurídicas sino de personas *actanciales*. Las personas no son en este sentido personas al margen de sus acciones.” (Bénatouil, 1999: 297).

El marco semiótico de la teoría actancial<sup>7</sup> permite asimismo generalizar el método de investigación empleado de forma característica por las tradiciones interpretativas de las ciencias sociales y jurídicas (vid. cap. 5) para identificar las capacidades relevantes que debe poseer una persona para desempeñarse correctamente en una situación dada. El marco abstracto de la tabla de permutaciones posibles entre las posiciones actanciales definidas en una situación dada permite atrapar analíticamente el tipo particular de acciones, las operaciones de *cualificación*, que llevan a cabo los propios agentes para modular la identidad propia y la de los demás. Sobre la base de este trabajo previo de caracterización empírica de un conjunto de operaciones de cualificación básicas (nombrar, comparar, clasificar, medir, exceptuar, etc.)<sup>8</sup> de las que se sirven los agentes inmersos en situaciones de la vida cotidiana “poner a prueba” su realidad social mediante la atribución de propiedades generales a los actos concretos, Boltanski y Thévenot elaborarán posteriormente, en su libro *De la justificación*, un modelo teórico *general* de los procedimientos de *generalización* por medio de las cuales atributos actanciales y restricciones situacionales de carácter local pueden llegar a vincularse de forma duradera en la forma principios generales de actuación pública.

En realidad, como ha observado Nicholas Dodier (1991) en una temprana evaluación de este programa de investigaciones, en el proyecto de Boltanski y Thévenot de llevar a cabo investigación sociológica empírica sobre las reglas pragmáticas de formulación de juicios morales en sociedades funcionalmente complejas y políticamente plurales como las nuestras, confluyen de tres cuerpos diferenciados de literatura investigadora en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Como ya hemos visto, este proyecto intelectual se plantea en primer lugar como una radicalización del espíritu pragmático -aunque no de la letra relativista- del sabotaje emprendido por los etnometodólogos a la norma de asimetría epistemológica sobre la que se funda la sociología crítica del conocimiento social. Desde este punto de vista la principal innovación teórica introducida por estos autores para desembarazarse del subjetivismo radical en el que tiende a empantanarse la etnometodología

---

<sup>7</sup> Los indudables problemas teóricos que plantea esta escalada de abstracción metodológica hacia la semiótica estructural como medio para atrapar la naturaleza “en proceso” que es característica del lenguaje común y la acción situada, han sido puestos de manifiesto entre otros por Lynch (1993: 109-110).

<sup>8</sup> “Definir a una persona por medio de sus identidades o de sus competencias (su carácter, su nacionalidad, su profesión, uno de sus actos), es justamente llevar a cabo un tipo de acción particularmente importante: la cualificación. Si las personas cambian efectivamente de estado de forma frecuente en los análisis pragmáticos, esto no se debe a que sean libres de cambiar de personalidad o de rol social al azar de las situaciones. Es más bien el resultado de acciones de cualificación operadas por otras personas o por ellas mismas en sus discursos (insultos, denuncias, narraciones, etc.) donde ponen siempre en juego una antropología, una cierta definición de competencias pertinentes de las personas en relación con la situación.” (Bénatouïl, 1999: 297-98).

y para salvar el abismo entre micro y macrosociología abierto por la irrupción toda suerte de “fenomenologías sociales” es el papel central concedido a los objetos materiales -por oposición a los objetos lingüísticos- como el soporte convencional relevante que sostiene la posibilidad de una acción social descriptible, explicable y justificable.<sup>9</sup> En este sentido Boltanski y Thévenot han proseguido, profundizado y finalmente criticado de forma aguda (véase *infra*) la prometedor línea teórica abierta a principios de los 80 por sus colegas los sociólogos de la ciencia de la Escuela de Minas de París, Bruno Latour y Michel Callon, pioneros en la exploración de las virtudes heurísticas de “mezclar” actores humanos y no-humanos en el relato de la conducta innovadora de científicos y tecnólogos (Callon y Latour, 1981; Callon, 1991; Latour, 1992).

Pero el aspecto distintivo principal de su obra es la exploración original de un tercer estrato de estabilización cultural de carácter práctico, *el sentido común de la justicia*, a través de una original indagación sobre la estructura axiomática de las metafísicas políticas de la justicia universal (lo que los autores denominan el modelo de la “ciudad armoniosa”), que toma su inspiración de la tradición clásica de los “artes de prudencia” y “civildad” (de San Agustín a Baltasar Gracián), sistematizados y codificados posteriormente como “modelos del bien común” por los filósofos políticos y morales del XVII y el XVIII (Hobbes, Hume, Smith, Rousseau y otros); pero también de aquellos autores contemporáneos que han tratado de devolverle al sentido del civismo y la justicia un papel central en la historia política del mundo contemporáneo, como Paul Ricoeur, Michael Walzer, Albert Hirschman, Jürgen Habermas y muy especialmente Hannah Arendt.<sup>10</sup>

Toda operación cognitiva de extrapolación inductiva, toda argumentación con visos

---

<sup>9</sup> “Para que las personas puedan ponerse de acuerdo en la práctica y no sólo en principio, debe tener lugar concretamente en la realidad una puesta a prueba [de sus argumentos], y toda puesta a prueba deberá hacerse en el marco de una *forma* de prueba: es lo que llamaremos una *prueba de realidad*. Para dar cuenta de como se lleva cabo esta prueba de realidad, debemos introducir en la situación estudiada no sólo las personas, como sucede en los textos de filosofía política, sino también los objetos, las cosas (materiales o inmateriales). Consideramos que la prueba de realidad resulta de la capacidad de las personas para enfrentarse a los objetos y *ponerlos en valor*.” (Boltanski, 1990: 89).

<sup>10</sup> En la medida en que la filosofía moral de la historia de última esta autora se apoya en una profunda reflexión sobre el papel del sustento material (naturaleza) y el mundo objetual (artificios tecnológicos) en la vida política de los humanos, la obra de Arendt constituye una de las referencias centrales del trabajo teórico de Boltanski y Thévenot. Su influencia se hace particularmente patente en el empleo que hace el modelo de las economías de la legitimidad moral de la noción de “mundo común” (*monde commun*). “[L]as cosas del mundo tienen la función de estabilizar la vida humana, y su objetividad descansa en el hecho de que los hombres, a pesar de su siempre cambiante naturaleza, recuperan su identidad gracias a sus relaciones con la persistente mismidad de los objetos... Sólo porque hemos erigido un mundo de objetos a partir de lo que la naturaleza nos da y hemos construido este ambiente artificial dentro de la naturaleza, que así nos protege de ella, podemos considerar a la naturaleza como algo “objetivo”. Sin un mundo entre los hombres y la naturaleza, habría movimiento eterno,

de validez general construida a partir de un conjunto limitado de datos factuales es a la vez, indisolublemente, un acto de “puesta en valor” de la realidad así definida. Empleado en el contexto de una disputa o una controversia, el método simple de puesta a prueba de la realidad que implicaban las operaciones de cualificación sólo puede servir para lograr un acuerdo duradero y generalizable que permita coordinar la acción colectiva entre las partes bajo la forma (moral) generalizada de un *juicio*.<sup>11</sup> En los modelos de economía de la justificación, los actores están efectivamente dotados no sólo de capacidades lógicas de procesamiento de información (como en los modelos económicos neoclásicos) o de capacidades procedimentales de razonamiento abstracto (con en los modelos de la psicología cognitiva) sino que Boltanski y Thévenot les equipan también de las mismas *competencias de juicio* que demuestran los profesionales de la metafísica y la filosofía política y moral (Dodier, 1991: 431). Para ponerse de acuerdo en cuestiones de justicia cotidiana los actores deben poder poseer entonces la capacidad *propriadamente metafísica* de discernir en una situación dada cuáles son los seres que pertenecen a uno de los “mundos comunes” asociados con un modelo de justicia moral o “ciudad armoniosa” (véase más abajo).

“Del mismo modo que las construcciones de los filósofos políticos, cuando son completas, especifican el tipo de entendimiento humano o de psicología personal coherente con su definición del bien común, la elaboración de nuestro modelo de la ciudad armoniosa va de la mano de una hipótesis sobre el instrumental mental del que deben disponer las personas para poder entenderse sobre el contenido de una ciudad determinada. Esta competencia debe poder estar presente en todos los sujetos, lo cual excluye la eventualidad de poseer un conocimiento del modelo a partir de la frecuentación de una determinada obra de filosofía política... Para que pueda mantenerse el orden de una ciudad, esta competencia, que llamaremos *sentido moral*, implica la integración de dos de las restricciones fundamentales que sostienen el modelo de la ciudad: un requisito de humanidad común que supone el reconocimiento y la identidad común de los seres humanos con los que debe llevarse a cabo el acuerdo; y un requisito de ordenamiento que supone el carácter general del principio de valor legítimo empleado para hacer la escala de las comparaciones posibles entre estados locales del mundo. En suma, para ponerse de acuerdo sobre aquello que es justo, las

---

pero no objetividad.” (Arendt, 1995c [1957]: 97).

<sup>11</sup> “El concepto de “juicio” no se reserva aquí a un enunciado producido en el seno de una instancia judicial, o a la afirmación de un valor. Nuestra concepción del juicio se extiende a la diversas maneras como los actores ordinarios ponderan las acciones de los demás a partir de pistas (incluso de carácter local) que sirven de referencia para el ajuste mutuo de las conductas. Entre los juicios ordinarios, privilegiaremos... aquellos que se inscriben en formas de validez general y que, desde un punto de vista, se asemejan a los juicios legales, especialmente en la medida en que implican una exigencia de justificación. No obstante nosotros abordaremos la operación de juicio “desde abajo”, intentando inscribirla dentro del movimiento mismo de la acción... Lejos de reducir el juicio a un razonamiento en base a proposiciones, o a la comprensión de un sentido, trataremos de aprehenderlo como parte de la dinámica misma de la acción. Y sin embargo los juicios se separan de las acciones sobre las que versan. Crean una ruptura en un curso de acción anterior que se halla suspendida, o por lo menos deformada... La ruptura con la acción es tanto menor, y el trabajo de juicio tanto menos laborioso, cuanto que en la situación se hallan depositadas marcas perceptivas que facilitan el vínculo entre el juicio que generaliza y la acción o la situación circunstancial sobre las que versa. Un enfoque realista del juicio deberá pues estar atento a las operaciones previas de formateo de los objetos que permiten llevar a cabo aproximaciones, equivalencias y generalizaciones a partir de la situación singular.” (Thévenot, 1992: 1282-83).

personas humanas deben poder conocer un bien común y comportarse, por tanto, como metafísicos.” (Boltanski y Thévenot, 1991: 182-183).

Es en este nivel específico de análisis donde el sociólogo pragmático se aplica a describir cómo los actores sociales vienen a acomodar las posibilidades pragmáticas abiertas para la negociación retórica y puesta a prueba material de la realidad de los estados del mundo observables en un entorno local a los patrones de orden general que ofrecen un o unos pocos modelos de juicio moral de nivel superior. Los autores caracterizan así seis ciudades de la virtud moral diferentes con sus respectivos mundos comunes, espacios ideales de civilidad poblados por entidades “puras”. Estos regímenes axiomáticos del valor moral o “metafísicas políticas” que ellos denominan modelos de la “ciudad armoniosa” (*cit  armonieuse*) y el “mundo legítimo” (*monde de grandeur*) son teorías consistentes de cómo lo hombres pueden alcanzar y preservar un determinado “bien común”. Son teorías, pues, de la justicia universal, como las construidas por los autores de la tradición clásica en el campo de la filosofía política y moral, que codifican, explicit ndolas y clarific ndolas, las competencias de sentido común que demuestran poseer las personas normales cuando formulan juicios perceptivos y juicios de valor en infinidad de situaciones mundanas que se presentan en la vida cotidiana.

#### Ciudades armoniosas y mundos comunes

Para trazar los confines axiológicos y fenomenológicos de cada una de sus ciudades armoniosas y mundos comunes Boltanski y Thévenot desarrollan una estrategia de investigación conscientemente iconoclasta que consiste en romper la jerarquía tradicional entre literatura teórica y literatura práctica, situando en el mismo nivel de análisis dos cuerpos de obras tan aparentemente alejados entre sí, en el nivel epistemológico, como los “grandes clásicos” de la teología cristiana y la filosofía política occidental y las “lecturas de aeropuerto”, manuales contemporáneos de gestión organizativa y orientación personal.

El primer momento del análisis consiste en la elaboración de un modelo abstracto<sup>12</sup> de

---

<sup>12</sup> Estos modelos tratan de poner de manifiesto las restricciones a las que debe plegarse la acción en contexto para poder ser llevada a buen término, tratando de identificar las reglas de composición y encadenamiento de la acción manifiesta en vez de desvelar su sentido intencional oculto, pues es justamente la definición del significado subjetivo de la acción (por fijar su semántica) aquello por lo que disputan los agentes implicados en la misma. De modo que los modelos de la sociología pragmática no poseen una intención explicativa o predictiva: se trata de modelos descriptivos, cuya misión es explicitar, clarificar y sistematizar, esto es, poner

los *órdenes de legitimidad (ordres de grandeur)* o como lo denominan también los autores, una *gramática del bien común* (Boltanski, 1990: cap. 5; Boltanski y Thévenot, 1991: 96-102): un sistema sintáctico común de axiomas, operaciones y categorías jerarquizadas (principio de humanidad común, principio de desemejanza, principio de dignidad común, valor legítimo específico o *grandeur*, escala de ordenamiento, figuras límite de ‘grandeza’ y ‘pequeñez’, fórmula de inversión o sacrificio, etc.) capaz de albergar contenidos semánticos diversos. El vocabulario moral específico de cada orden de legitimidad o ciudad armoniosa individual se obtiene posteriormente, en un segundo momento modelizador, entresacando de la lectura de textos clásicos de filosofía política y moral el conjunto de categorías y axiomas substantivos que definen lo que hace a las personas formalmente iguales y substantivamente diferentes entre sí en cada una de sus ciudades armoniosas (eg. la aspiración potencial al genio y la riqueza), lo que tiene valor y lo que no tiene valor dentro de sus fronteras, y lo que es preciso sacrificar y lo que es justo esperar cuando se habita en su interior (id., 107-157).

Derivan así, en primer lugar, el modelo Ciudad Mercantil, que tiene en la *riqueza* el valor legítimo universalmente compartido, a partir de un análisis de contenido de los dos textos fundamentales de la filosofía política de Adam Smith: *La riqueza de las naciones* y *La teoría de los sentimientos morales* (id., 60-82). Su segundo modelo de bien común, para cuya construcción se basan en una exégesis textual de *La Ciudad de Dios* de San Agustín (id., 107-116) lo bautizan como Ciudad Inspirada, imperio exclusivo de la *creatividad* como valor moral legítimo. Sigue luego la exposición del modelo que denominan Ciudad Doméstica, donde reina el valor de la *jerarquía*, y que se construye a partir del texto de Jean-Baptiste Bossuet, *La Politique tirée des propres paroles de l'écriture sainte* (1709) (id., 116-126). El cuarto modelo de civilidad histórica es la Ciudad de la Opinión, basado en un análisis del contenido del capítulo del *Leviatán* que Hobbes dedica a la definición del honor (id., 126-137) tiene en la *reputación* su bien común característico. Para caracterizar el quinto modelo, que llaman la Ciudad Cívica, analizan *Del Contrato Social* y *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad* (id., 137-150), las dos obras donde Jean-Jacques Rousseau

---

orden, en las secuencias de acción y de discurso de los actores. “Estos modelos descriptivos no son ni reconstrucciones de la realidad social y de sus estructuras objetivas ni modelos predictivos de ciertos fenómenos o comportamientos, como los que pueden elaborar los economistas. Resultan de operaciones de explicitación de presupuestos, de referencias, de puntos de apoyo o de tópicos de discurso que las personas mismas producen, por ejemplo en el curso de un conflicto... La modelización combina por tanto explicitación y sistematización para describir las competencias complejas puestas en práctica en el curso ordinario pero estructurado de sus acciones, competencias que tienen un sentido actancial más que antropológico... La construcción de modelos constituye el principio central del método pragmático y la aportación específica de la sociología pragmática al discurso científico sobre el mundo social.” (Bénatouïl, 1999: 298-99).

expuso con mayor claridad sus ideas sobre cómo basar el buen gobierno de una nación en el principio universal de la *igualdad* de las personas ante la ley. El sexto y último modelo de ciudad que distinguen, la Ciudad Industrial, reino político basado en la aspiración universal a la *eficiencia*, eligen *El sistema industrial* de Saint-Simon (id., 150-157).

En la tercera fase del proceso modelizador se trata de especificar el segundo nivel lógico de su modelo: los seis *mundos puros* de competencias prácticas de sentido común y objetos físicos observables que pueden ser puestos a prueba respectivamente mediante el recurso a cada una de las seis gramáticas o lenguajes de descripción moral modelizados en primera instancia (id., cap. V). Cada ciudad armoniosa, construcción teórica abstracta, se caracteriza así por la referencia empírica a un “mundo común”, una población exclusiva de entidades y dispositivos convencionales de naturaleza semiótica, física y metafísica. Para poblar de seres físicos y metafísicos cada uno de sus seis “mundos comunes” Boltanski y Thévenot confeccionan seis largas listas de tópicos retóricos que extraen nuevamente no del vuelo libre de su propio imaginario social sino de un detallado trabajo de análisis de contenido textual. Sin para la modelización de las ciudades armoniosas se habían servido de una muestra estratégica de textos teóricos clásicos sobre el arte del buen gobierno, para la caracterización semántica de los mundos de valor analizan el vocabulario de una muestra paralela de seis manuales o guías prácticas del arte del buen vivir (id., cap. VI). Las seis obras, escritas desde la óptica de cada una de las seis ciudades, tienen como referente común el mundo (predominantemente industrial y subordinadamente mercantil) de la gestión empresarial.

Del análisis de la guía del mundo inspirado, un texto de consultoría en dirección creativa, se desprende que en dicho mundo viven como peces en el agua entes como el espíritu, el sueño o el inconsciente. En este mundo las personas buscan lo insólito, lo maravilloso, lo inefable, lo espontáneo y lo emocional a través de una potencia vital común, la “inquietud creadora”. Espíritus, sombras, monstruos, mujeres, niños, locos o artistas son los *grandes* de la ciudad: aquellos que, por arriesgarse a poner en cuestión el mundo establecido acaban descubriendo, imaginando, soñando o explotando, alcanzando en suma el estado superior de genio creador o espíritu independiente. La guía del mundo doméstico es un catecismo de urbanidad y buenas maneras que permite transmitir el arte de las relaciones personales armoniosas a aquellos autodidactas que han sido promocionados por sus empresas.” (id., 193). En el mundo doméstico habitan seres como las buenas maneras, el rango, el título, la presentación, los regalos, las flores. Las personas apelan a la filiación

generacional, la obediencia, la deferencia, la tradición o la herencia. Valoran la buena educación, la distinción, la discreción, la reserva o la confianza. En el buen sentido y la naturaleza del carácter se halla la potencia común de elevación social que puede llegar a permitir, a través de sacrificios específicos como el rechazo del egoísmo o la servicialidad, alcanzar los estados de grandeza moral propios de esta ciudad: el Padre, el Rey, el Jefe, el Patrón.

El mundo de la opinión se caracteriza a través del vocabulario de un manual de marketing de relaciones públicas o marketing relacional. Este mundo incluye entres sus seres más puros la marca, el mensaje, la campaña, el sondeo o la prensa. A través de la renuncia al secreto, la especulación o la imitación las personas, movidas aquí por el amor propio o la consideración de sí, alcanzan la grandeza moral en la forma reputación, reconocimiento, visibilidad, éxito, convirtiéndose en “estrellas”, líderes de opinión, portavoces, jefes de prensa, etc. Al mundo cívico, para el que los autores escogen como guía práctica prototípica un manual que pretende orientar a los delegados sindicales en la buena gestión de la sección sindical de una empresa, se adscriben seres como los partidos, las federaciones, las secciones, los comités, los derechos, los decretos, los tribunales, las formalidades de procedimiento, los protocolos de acuerdo o los convenios colectivos. Es a través del sacrificio específico de la solidaridad, la participación o la lucha, como la dignidad común que posee toda persona en forma derechos cívicos o aspiraciones políticas, permite a unos pocos alcanzar la grandeza cívica en alguna de sus formas: compromisario, delegado, representante, constituyente, electo.

La guía del mundo mercantil es el libro titulado *Todo lo que no le enseñarán en Harvard*, un conocido *best-seller* del género “como tener éxito en sus negocios”. Ser grande en el mundo mercantil es ser millonario, ganador, vendedor, cumplir con las exigencias de la competencia y la rivalidad a través de la adquisición de un temperamento libre, abierto y emocionalmente distanciado, que permite “sacar partido” del deseo egoísta común a todas las personas, en un territorio poblado por la estrategia, el dinero, el beneficio, los resultados y los precios. Finalmente, para moverse a través del mundo industrial los autores escogen un manual de gestión de la producción que proporciona recetas a los directores de producción de las empresas para tratar de hacer compatible el imperativo de productividad con la mejora de las condiciones de trabajo. Este mundo, donde mora en exclusiva el valor moral de la eficacia y el rendimiento futuro, está poblado de experimentos, máquinas, reglajes, estándares, especialistas, profesionales, operadores, etc. Para triunfar en este mundo es necesario *invertir*



-educarse, formarse, capitalizarse- al objeto de poder desarrollar el potencial de energía productiva que todos poseemos en formas de vida legítimas: funcionales, operativas, fiables. La cuarta y última fase modelizadora del trabajo Boltanski y Thévenot se propone dar cuenta sistemática de cómo se desarrolla en la práctica la acción social localmente situada en cada uno de estos mundos comunes de legitimidad moral (*monde de grandeur*).

“Las filosofías políticas se estancan en el nivel de los principios y nada nos dicen sobre las condiciones de realización de un acuerdo efectivo... Pero lo que nos interesa aquí es la cuestión de la medida de los estados del valor legítimo [*états de grandeur*]... debemos examinar pues las condiciones de aplicación de los principios de justicia abstractos y de las restricciones que condicionan su establecimiento. ¿Cómo pasar de argumentaciones legítimas a las acciones efectivamente coordinadas de las que nos dan constancia las ciencias sociales ¿Cómo dar cuenta de la puesta en práctica de estos principios en circunstancias particulares? Dar este paso supone extender el objeto de las prudencias clásicas, para comprender junto con la puesta en marcha de principios comúnmente cualificados de morales, la de aquellos otros principios dichos técnicos o estéticos.” (id., 162).

Los modelos de economía de la justificación han de especificar entonces un conjunto ulterior de restricciones (*contraintes*) retóricas y materiales de naturaleza pragmática -esto es, servidumbres que sólo se imponen a los sujetos en situaciones de acción concretas- que debe cumplir toda operación de descripción y evaluación de un estado de cosas real y observable para, una vez calibrada por los agentes en relación con un principio superior común de equivalencia de orden metafísico (autenticidad inspirada, autoridad doméstica, reputación opinática, solidaridad cívica, competitividad mercantil, eficiencia industrial), elevarse al estatus de calificación moral o, en la terminología de los autores, *justificación pública*, y servir así como regla de comportamiento generalmente aceptada. Para propósitos expositivos, pueden distinguirse seis restricciones prácticas fundamentales que debe cumplir toda acción social justificable -o, como dicen los autores, llevada a cabo “en-regimen-de-justicia”- para ser considerada como tal en circunstancias situaciones concretas. Servidumbres pragmáticas que, aplicadas reflexivamente a los propios modelos teóricos abstractos elaborados por Boltanski y Thévenot, definen otros tantos postulados metodológicos de base de su enfoque sociológico original:

1. El *requisito de humanidad común*. Las tradiciones de pensamiento teológico y filosófico Occidental dentro de las cuales observamos el desarrollado, en las obras de autores particulares, de modelo de justicia universal, se basan por lo general en el reconocimiento del estatus humano común de todos y cada uno de los miembros, que son tratados en tanto que tales, sin existir para algunos de entre ellos el tratamiento exclusivo de, pongamos, “ardillas”.

2. El *requisito de pluralidad*. Diferentes tradiciones culturales de teología y filosofía

política que cumplen con el requisito de humanidad común confluyen en la configuración de nuestras sociedades complejas actuales. Lo cual explica la convivencia simultánea de un número restringido aunque irreductible de principios morales inconmensurables entre sí aunque no totalmente excluyentes.

3. El *requisito de crítica*. Las operaciones de denuncia crítica son el motor práctico inexcusable de la justificación, pues, en un contexto de pluralidad de principios legítimos de justificación pública, toda crítica puede siempre ser denunciada como “unilateral”.

4. El *requisito de simetría*. La crítica experta (científica, sociológica, jurídica) de la acción social no posee un estatuto exógeno a la misma, sino que debe ser considerada una instancia particular de la competencia y el sentido común de la justicia que poseen los actores.

5. El *requisito de ajuste*. El engarce de los objetos físicos en el seno de diferentes dispositivos técnicos es uno de los apoyos convencionales más poderosos de los que se sirven los actores para justificar su acción en la esfera pública.

6. El *requisito de compromiso*. La obtención de los acuerdos que permiten resolver los litigios y la coordinar la acción en la esfera colectiva pasa por el empleo competente de gramáticas de justificación compuestas sostenidas sobre apoyos convencionales heterogéneos.<sup>13</sup>

#### Legitimidad y pluralidad: la puesta a prueba, el compromiso y la crítica

Los actores de los modelos de economías de la grandeza moral poseen, como hemos visto, la capacidad de *poner a prueba* a su entorno, de suerte que cada uno de los mundos comunes puede definirse también a partir del tipo de pruebas y formas de puesta a prueba que en ellos son considerados *legítimos* (id., 168-174). El concepto de *prueba de legitimidad* (*épreuve de grandeur*) puede entenderse así como el opuesto de la *prueba de fuerza* (*épreuve de force*), concepto inspirado en buena medida en la interpretación llevada a cabo por el

---

<sup>13</sup> Este último requisito es justamente el que es violado cuando los agentes optan, como sucede muchas veces, por “relativizar” las situaciones en las que se hallan inmersos con argumentos del tipo “es todo lo mismo”, “qué más da una cosa que otra”, etc. Como sabemos, los filósofos y los sociólogos “postmodernos” son famosos por recurrir de forma extensiva a esta figura argumentativa de sentido común (Boltanski y Thévenot, 1991: capítulo XI). El requisito de compromiso queda omitido por defecto en aquellas situaciones donde la disputa se prolonga indefinidamente; pero sobre todo en una gran mayoría de casos donde la disputa se aboca finalmente a un régimen de resolución bien distinto: el de la violencia (Boltanski, 1990: 113-116).

filósofo Gilles Deleuze de los argumentos críticos esgrimidos por autores clásicos como Spinoza y Nietzsche contra la “metafísica en dos niveles” implicada en toda acción de justificación moral, y de reciente éxito en el campo de la sociología de la ciencia. El concepto de prueba de fuerza traduciría la idea nietzscheana de un “encontronazo” múltiple e irrestricto de “fuerzas” heterogéneas, completamente libres de cualesquiera restricciones institucionales o categoriales, ordenamiento o clasificación por tipo o naturaleza (Deleuze, 1986 [1967]: 84-86). Se retrata así un tipo de procedimiento de puesta a prueba en el que, a pesar de todas las precauciones y las formalidades de procedimiento que los actores pudieran arbitrar, siempre se acaban “colando de matute” elementos proscritos o imprevistos. La acción de estos elementos explica en última instancia, como les gusta decir a los sociólogos constructivistas de la ciencia, que “la fuerza hace a la razón” (*might makes right*), esto es, un valor de legitimidad generalmente puede ser siempre convertido -traducido, deconstruido- en la forma de una cantidad específica de fuerza bruta transformadora.<sup>14</sup>

Inversamente, con el concepto fundamental de *prueba de legitimidad* se hace referencia a un tipo específico de procedimiento público de carácter formal o estandarizado como una prueba deportiva, un examen escolar, un test experimental, un concurso literario o un convenio colectivo. La prueba de legitimidad debe estar estrictamente calibrada y controlada no solamente para admitir a trámite y medir exclusivamente aquellas fuerzas de las que se ha acordado que poseen la misma naturaleza, sino también y sobre todo para permitir la detección de fallos de procedimiento -la intromisión de fuerzas proscritas o inesperadas- por parte de observadores externos. Y, eventualmente, para admitir como legítima la formulación de cierto tipo también restricto y controlado de críticas y propuestas de modificación del procedimiento establecido de puesta a prueba. En este sentido, la prueba de legitimidad permite, inversamente a lo que ocurría con las pruebas de fuerza, convertir un *quantum* de fuerza local en un valor de legitimidad general.

En un momento teórico posterior, Boltanski y Chiapello (1999: 402-411) han reelaborado la distinción inicial entre pruebas de fuerza y pruebas de legitimidad para intentar articular dos lógicas de conocimiento de la realidad social consideradas por lo general como

---

<sup>14</sup> Como ha observado Francis Chateauraynaud, los análisis de Latour y Callon “recurren... a una convención mínima cuando explican el éxito o el fracaso de un enunciado, de un razonamiento, de una demostración o de un procedimiento de prueba en base al *número de recursos* que se hayan implicados... El número es aquí lo que permite zanjar un desacuerdo, formar una mayoría que elige reconocerse en sus representantes... Parece como si bastase con armarse de aritmética y admitir una voluntad mínima de expansión de los actores para hacer inteligibles todas las formas de asociaciones realizadas en las ciencias y las técnicas.” (Chateauraynaud, 1991b: 465-66, cursivas del autor).

incompatibles: la lógica de la categorización que se mueve dentro de un mundo de equivalentes generales, y la lógica del desplazamiento, que actúa en un ambiente de fuerzas inespecíficas y arbitrarias.<sup>15</sup> Las tres características esenciales de la prueba de legitimidad que la distinguen de la prueba de fuerza son el alto grado de *especificidad*, de *reflexividad* y de *estabilidad* de los entes implicados en la prueba. La operación de categorización, cuyo ejemplo mejor acabado es la cualificación jurídica, supone una competencia reflexiva por parte de los agentes que deben ser capaces de poner en conexión dos niveles lógicos, el nivel de la particularidad y el nivel de la generalidad. Opuesta a la primera, la operación de desplazamiento o descategorización que conduce de la prueba de legitimidad a la prueba de fuerza, se lleva a cabo en un solo nivel lógico (plano de inmanencia), el nivel de lo local y circunstancial, prescindiendo de la existencia de un nivel de lo general y lo universal, por lo que “se confunde fácilmente con el azar”.<sup>16</sup>

La defensa del *pluralismo moral* como núcleo central de la vida política en sociedades estructuralmente diferenciadas y tecnológicamente equipadas como las nuestras es el segundo axioma fundamental sobre el que se soporta el edificio teórico todo levantado por Boltanski y Thévenot *De la justification*. En el nivel pragmático de su análisis, el retoño del pluralismo moral es el *compromiso moral*: en un mundo donde coexisten diferentes órdenes simbólicos altamente diferenciados entre sí, la empresa de coordinación de la acción humana a escala social precisa en primer lugar de la composición exitosa entre argumentos morales heterogéneos. El compromiso es la operación moral fundamental que llevan a cabo los actores en un universo plural de legitimidades morales inconmensurables pero no mutuamente excluyentes entre sí. Para alcanzar un compromiso los actores han de servirse de una *combinación o montaje*<sup>17</sup> particular de entes diversos pertenecientes a *mundos de valor*

---

<sup>15</sup> “Nuestra intención es poner a trabajar juntas dos lógicas que, elaboradas dentro de tradiciones intelectuales diferentes, subyacen a descripciones del mundo social que se presentan generalmente como incompatibles, esto es, como antagónicas, por un lado, una lógica de la *categorización* y por otra una lógica del *desplazamiento*. En el idioma asociado a la primera, se conforma un discurso que habla de justicia, de derecho, de legitimidad, de generalidad. En el lenguaje de la segunda, se elaboran descripciones en términos de fuerzas, de estrategias, de posiciones, de redes. Pero creemos que el análisis de la forma como se articulan estas dos lógicas es absolutamente necesario para comprender la fuerza de la crítica pero también las dificultades que encuentra para encontrar asideros en el mundo.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 402).

<sup>16</sup> “Por oposición a la categorización, el desplazamiento prescinde de la referencia a las convenciones y no supone ni exterioridad ni generalidad. La lógica del desplazamiento no conoce más que un sólo plano lógico. El desplazamiento es pues siempre local, puntual, circunstancial. *Se confunde fácilmente con el azar* y se contenta con el nivel de reflexividad limitada. Escapa por lo tanto a la servidumbre de justificación de carácter general que supone la referencia a un segundo nivel lógico, nivel donde se sitúa precisamente, en la lógica de la categorización, la convención de equivalencia.” (id., 409, cursivas mías)

<sup>17</sup> “La pragmática sociológica toma aquí la forma de una *pragmática combinatoria* interesada por las

diferentes sobre la que apoyar su argumentación para constituirla bien como un juicio de carácter público (una crítica, una denuncia, una justificación), bien como un acuerdo intersubjetivo que permite coordinar de forma práctica sus comportamientos en la forma de acciones colectivas (Boltanski, 1993: 238). Estos compromisos morales poseen a su vez una función explícita como categorías descriptivas de una variedad de estados empíricos del mundo y sólo pueden sostenerse duraderamente entre sí en la forma de objetos cognitivos: reglas técnicas, estándares, normas de calidad, formatos objetivos de información, etc. (Thévenot, 1997).

La práctica cotidiana de llegar a compromisos estables entre partes que se hallan inicialmente en desacuerdo sobre aspectos fundamentales de la definición de una situación dada -¿qué es *esto*? ¿de quién es *esto*? ¿a quién le compete *esto*? ¿para qué sirve *esto*?- implica la manufactura, costosa, de complejos arreglos combinatorios de naturaleza comunicacional y material a partir de un material finito pero amplio y diverso de repertorios lingüísticos y herramientas especializadas que, considerados cada uno de forma individual, sirven unilateralmente de soporte a un valor colectivo dado (la eficiencia industrial, la inspiración artística, la reputación pública). El ensamblaje (*montage*) final de una combinación probadamente resistente de este tipo arreglos mixtos logra mantenerse como un acuerdo de compromiso, un largo encadenamiento, estable y equilibrado, de lo que previamente se concebían como un conjunto de *actantes* humanos, físicos y metafísicos mutuamente inconmensurables y faltas de ajuste entre sí. Si bien Boltanski y Thévenot avanzan la (discutible) hipótesis de que, al estar sujetos a un fuego cruzado de críticas realizadas desde dos o más mundos diferentes, las figuras retóricas de compromiso y los montajes técnicos de carácter híbrido que engarzan entre sí argumentos y objetos originarios de mundos de justicia diferentes se caracterizan por una mayor fragilidad e inestabilidad temporal que las figuras “puras” en las que se encadenan seres del mismo mundo (Boltanski y Thévenot, 1991: 338-343), la posibilidad y aun la necesidad de construir estos encadenamientos pragmáticos monstruosos<sup>18</sup> constituye justamente el espectro que alimenta y pone en peligro al mismo tiempo el desenvolvimiento ordenado de la vida política en las

---

combinaciones entre regímenes... [Es esta] una sociología de los *montajes* en tanto que sus análisis tratan de la invención de nuevas formas de agencia que nacen de la confrontación entre regímenes.” (Dodier, 1993: 77)

<sup>18</sup> El mercado de arte, la industria de la opinión pública, un comité de apoyo familiar, una sentencia inspirada, un arte cívico, una política de planificación familiar, una democracia industrial, etc. Véase Boltanski y Thévenot (1991: cap. X) para una larga muestra de figuras híbridas de compromiso que es posible construir a partir de una sencilla regla combinatoria binaria entre los seis regímenes de justicia diferentes y con las cuales se describe una amplia variedad de instituciones sociales contemporáneas.

sociedades contemporáneas: la posibilidad de encontrar una justificación plausible y fabricar un montaje de cosas bien ajustado que permite incorporar cualquier evento concebible o acción novedosa, incluso aquellas más inesperadas, atroces, catastróficas o dolorosas, como algo aceptable para una forma de vida digna o beneficioso para el sostenimiento de un determinado bien común.

Una importante consecuencia empírica de este enfoque pragmático y moralmente pluralista de la acción humana es que llama la atención sobre un hecho fundamental de nuestro mundo: en las situaciones sociales donde tienen lugar actualmente las controversias científicas, tecnológicas, económicas, legales y políticas, las competencias intelectuales y morales necesarias para formular un entendimiento crítico explícito (o incluso *exitoso*) del funcionamiento del “orden social establecido”, se hallan menos desigualmente distribuidas entre diferentes tipos de actores sociales -por ejemplo entre ciudadanos comunes y científicos sociales (Boltanski y Thévenot, 1983: 669-672)- de lo que las corrientes centrales de la teoría sociológica están dispuestas (o bien preparadas) a admitir. En particular, como ha apuntado Boltanski, el deseo de “querer mantener una distancia radical entre la actividad denunciadora de las personas y la actividad científica de los sociólogos” plantea ante todo al investigador dilemas de carácter empírico, ya que es incapaz de hacerse cargo de un tipo cada vez más abundante de fenómenos observados sobre el terreno en nuestras sociedades.

“Efectivamente, no es raro ver a las personas mezcladas en asuntos de justicia retomar de forma explícita y casi en los mismo términos, para presentar la prueba y apoyar su posición, tal análisis o tal concepto prestado de los sociólogos del momento, que conocen por haberlos leído en un texto o a través de artículos de periódicos o de libros destinados al gran público, por haberlos visto en la televisión, escuchado en la radio o aun por haber recibido una formación que incluía elementos ciencia social.” (Boltanski, 1990: 377-38).

De suerte que, desde un punto de vista pragmático, los diferentes cuadros teóricos de la sociología crítica deben ser rebajados al estatus de lenguajes descriptivos, más o menos adecuados a diferentes situaciones o regímenes de acción (Bénatouil, 1999: 301-302), con los que el investigador pretende explicitar y clarificar las operaciones críticas de desvelamiento de las “estructuras profundas” de la acción, la situación o la organización social, que llevan a cabo los agentes sociales mismos.<sup>19</sup> Así, por ejemplo, dentro de este marco de análisis

---

<sup>19</sup> “Más que defender una noción o una teoría en detrimento de otra, lo que intentamos es dar cuenta de su adecuación respectiva a configuraciones pragmáticas que difieren entre sí por las posibilidades de ajuste que ofrecen a los actores. Este enfoque conduce, efectivamente, a reconocer los límites de la validez de los diferentes modelos [teóricos] de acción considerados [en las ciencias sociales], pero sobre todo hace hincapié en

pragmático del conocimiento social, el conocido paradigma de sociología crítica desarrollado por Pierre Bourdieu y sus colaboradores a lo largo de los últimos 40 años en la forma de una teoría de la dominación simbólica estructurada en un campo de fuerzas sociales incorporadas, se interpreta como un lenguaje de descripción particularmente apto para indexar determinadas situaciones no del todo acrílicas de habituación práctica a un mundo objetivo de carácter ambivalente o estratégico<sup>20</sup>, donde los actores aceptan de forma implícita el estado de cosas instituido. Sin embargo, la misma teoría se mostraría excesivamente ineconómica para dar cuenta de regímenes de acción, como las situaciones de disputa, donde los actores se entregan con todas sus fuerzas a la crítica de la situación y de la acción de los demás (Boltanski, 1990: parte I).

“¿Es necesario que, para comprender una disputa entre dos actores, el analista haga acopio de todo el conjunto de redes de relaciones tejidas con anterioridad, describiendo la totalidad de trayectorias anteriores y proyectándolas sobre un espacio social de alcance nacional? ¿Debe proporcionar desde el exterior el principio de condensación de las relaciones que las propias personas introducen ya cuando tienen que dar cuenta de los hechos? [Parece] más heurístico y más justo dejar que los actores definan ellos mismos los estados y las relaciones que importan, puesto que se pelean para determinar que es lo que importa realmente dentro de la situación que les preocupa. De modo que el modelo sociológico de Bourdieu sólo se hace pertinente para nuestros objetivos [vgr. el estudio de disputas públicas] si lo tratamos como una formalización de las operaciones efectuadas por las personas cuando ellas mismas llevan a cabo los desvelamientos, objetivan las estructuras ocultas, las propensiones o las disposiciones durables, construyen las regularidades que permiten circunscribir las causas de los sucesos al tipificarlas y proyectarlas sobre un espacio de interpretación homogéneo.” (Chateauraynaud, 1991: 399).<sup>21</sup>

Contra la tesis crítica de la dominación simbólica, esto es, la constatación de que los agentes sufren un tipo de determinación estructural de carácter desigual y soterrado que

---

su congruencia con las modalidades ordinarias del juicio, que varían según las configuraciones que adoptan nuestra acción en presencia de otros.” (Thévenot, 1995: 174-75).

<sup>20</sup> Especialmente rituales de reproducción económica de carácter tradicional como el intercambio matrimonial (Bourdieu, 1991a: 245-322) o de carácter moderno como el trabajo de producción y transmisión cultural en situación de escolaridad (Bourdieu, 1989: Parte Primera y 1999: cap. 1) y su epítome, el discurso y el debate escolástico característicos de la academia filosófica, investigados por Bourdieu en casos tan señalados como el marxismo althusseriano de Etienne Balibar (Bourdieu, 1985: 134-151), la ontología existencialista de Martin Heidegger (Bourdieu 1991b: capítulos 4 y 5) o el deconstructivismo post-filosófico Jacques Derrida (Bourdieu 1988: 495-512). Si bien tomando ya precauciones apreciables respecto del modelo disposicional estándar de la acción social plegada a las inercias de un mundo social decididamente estable, el esquema teórico general de las luchas sociales por el poder de imposición simbólica sobre el mundo ha sido aplicado también con éxito relativo al análisis de procesos históricos de cambio social, como las revoluciones estéticas (Bourdieu, 1995: 355-380) y al análisis microsociológico de las expresiones del sufrimiento existencial en el mundo urbano contemporáneo (Bourdieu y otros, 1999).

<sup>21</sup> Para argumentos complementarios en este sentido cf. Dodier (1991: 437-40) y Chateauraynaud y Torny (1999: 32ss). El bastión metodológico de la sociología crítica bourdieuana, el análisis factorial de correspondencias múltiples, en cuyo poder estadístico delega la teoría el desvelamiento de las regularidades y estabilidades profundas del campo y el cuerpo social tampoco ha escapado a esta reinterpretación en términos pragmáticos (Desrosières, 1990: 209-210).

influye de manera invisible sobre los resultados esperados de sus acciones, la sociología pragmática responde que no existe espacio para la dominación en un mundo donde los propios agentes conocen de la existencia de diferentes tipos de desigualdades sociales, y juzgan algunas como legítimas, reconociéndolas, y otras como ilegítimas, denunciándolas. En realidad, desde el punto de vista pragmático, la tesis de la dominación simbólica está subterfugado por la decisión teórica más fundamental de dotar o no de competencias metafísicas (véase más abajo) a los actores en los modelos de las ciencias sociales: si a los actores se les concede la capacidad de formular juicios del tipo “el sistema me oprime”, entonces la teoría sociológica de la dominación no ofrece nada nuevo al sentido común de la dominación.

Sin embargo no es posible olvidar que, contra la hipótesis pragmática “fuerte” de que la distancia postulada entre el conocimiento sociológico y el conocimiento de sentido común es tanto teórica como empíricamente insostenible, la sociología crítica arguye que sólo a través del conocimiento sistemático de las determinaciones sociales estructurales que actúan sobre el conocimiento social de los sujetos (auto-análisis, socio-análisis) pueden éstos liberarse de las mismas y conquistar la libertad trascendiendo el conocimiento cotidiano. Pero, dada la distribución social extremadamente desigual de los recursos investigadores, la mayor parte de las personas no tiene a su disposición los medios necesarios para operar esta ruptura con su contexto (Bénatouil, 1999: 306). La preocupación exclusiva por las dimensiones situacionales y actanciales de la acción en los estudios pragmáticos es también denunciada como ignorancia de los “hechos relativos a la *estructuración interna* de los sujetos poseedores de capacidades distintivas” (Dodier y Baszanger, 1997: 58, subrayado de los autores). Otro de los postulados originales de esta escuela sociológica, el de la existencia de una pluralidad de regímenes de *legitimidad moral*, es denunciado como otro componente más de la ideología relativista-nihilista a través de la cual se lleva a cabo la *legitimación* de las relaciones de producción capitalistas en su estado avanzado (Peukert, 2000: 21). Particularmente disputada asimismo es la hipótesis pragmática fundamental de que la definición social de los hechos reales es efectivamente objeto de controversia entre los actores sociales relevantes (Lynch, 1998: 838), razón por la cual al sociólogo no le sería posible tener la última palabra sobre la realidad social.

Lejos de considerar estas críticas como ilegítimas o como obstáculos para su programa investigador, el examen del despliegue en situación de las abundantes muestras de criticismo académico desatado por la puesta en práctica de los principios teóricos



fundamentales -*simetría cognitiva, determinismo situacional, pluralismo moral*- sobre los que se apoya la propia sociología pragmática para construir su modalidad particular de autoridad científica, ha permitido a estos autores, aparte de poner a prueba el carácter genuinamente *reflexivo* del enfoque pragmatista del conocimiento social (Boltanski y Thévenot, 1991: 425-38), calibrar el específico potencial *crítico* (Dodier y Baszanger, 1997: 57-62; Bénatouil, 1999: 304-14) que posee esta línea de investigación para contribuir a consolidar algunos de los proyectos de acción política y transformación social más novedosos surgidos a lo largo de las últimas décadas, como la ecología política (Lafaye y Thévenot, 1993; Latour, 1995) o los movimientos sociales contra las nuevas formas “conexionistas” de explotación económica (Boltanski y Chiapello, 1999: 461-97).

Abrazando la máxima de que las competencias cognitivas básicas necesarias para salir del paso en cualquier situación existen siempre en estado potencial en el cuerpo de los actores aunque no hayan sido aun puestas en acto, el sociólogo pragmático se limita a nutrir el catálogo de una especie de “jurisprudencia etnográfica” (Dodier y Baszanger, 1997: 51) donde se documenta el repertorio potencialmente ilimitado de “capacidades de acción en situación” al que recurren efectivamente las personas en su vida cotidiana. De este modo, la ambición política de la sociología pragmática es, pues, bien distinta de la de la sociología crítica: en vez poner la ciencia social al servicio de una sola de las posiciones enfrentadas en el debate público, la descripción simétrica de las diversas posturas que compiten entre sí para el cierre de una controversia, permite que accedan al debate público aquellas posturas que se hallan caricaturizadas, marginadas o directamente descalificadas. En este sentido, el enfoque pragmático de las disputas públicas es un factor de democratización, pues pretende nivelar y ampliar el espacio de competencia discursiva, desigual y restringido, en el que tienen lugar las controversias públicas.

## **El proyecto de la Ciudad por Proyectos: un modelo de justicia conexionista para la Nueva Economía**

Paralelamente a la verificación del cumplimiento de los axiomas de consistencia de su modelo de justicia universal en el caso de las seis ciudades armoniosas de la tradición político-moral occidental, el modelo original de las economías de la justificación moral

ofrecía asimismo un análisis de las fallas de construcción que explicarían el carácter *ilegítimo* de diversas propuestas alternativas para la instauración de un nuevo régimen de moralidad objetiva. Boltanski y Thévenot denunciaban así la violación del axioma de dignidad común de las personas en el caso del modelo de desigualdad biológica promovido por el movimiento eugenista surgido a finales del siglo XIX (Boltanski y Thévenot, 1991: 103-106) o reducen la propuesta de una moral universal erigida sobre la base del principio de solidaridad corporatista de los gremios profesionales formulada por Emile Durkheim en *De la división del trabajo social* a un simple compromiso entre la legitimidad de tipo cívico y la de tipo industrial (id., 347-356).

En trabajos posteriores, el modelo de la pragmática de la acción en régimen de justicia ha sido aplicado para rastrear las posibilidades de emergencia de nuevos modelos de ciudad armoniosa en el mundo contemporáneo.<sup>22</sup> Adscritos en mayor o menor medida a la matriz teórica original de la sociología pragmática del sentido común de la justicia expuesta en *De la justificación*, varios programas de investigación paralelos han tratado verificar la hipótesis de

---

<sup>22</sup> Si bien el carácter en exceso abstracto y genérico de los seis modelos de ciudades y mundos comunes de valor legítimo (*mondes de grandeur*) que se presentan en *De la justificación* no se presta en principio a demasiadas alegrías descriptivas (Dodier y Baszanger, 1997: 55), investigaciones sobre casos concretos de controversias públicas llevadas a cabo con posterioridad en el marco de esta propuesta teórica han contribuido de forma decisiva a especificar teórica y metodológicamente el modelo de las economías de la *grandeur*. La estrategia general de tratamiento simétrico de los requisitos formales de justificación y de crítica avanzada por Boltanski y Thévenot ha permitido tratar ya un abundante material empírico textual y de campo sobre la dinámica de intercambio de posiciones actanciales que tiene lugar en situaciones sociales “tensas”, donde lo que está en juego es la formulación, por parte de los propios actores sociales, de juicios legítimos sobre el grado de “realidad” y “moralidad” mínima que poseen aquellos cursos de acción social donde, paradójicamente, son mayormente las cosas y no las personas las que entran en contacto entre sí. Junto con los trabajos precursores de Michael Pollak sobre el mantenimiento de la identidad en situaciones límite (Pollak, 1993), cabe destacar también las monografías de Derouet (1993) sobre el tratamiento de los conflictos cotidianos en el seno de los establecimientos escolares como resultado de la composición entre diferentes modelos de competencias políticas; Chateauraynaud (1991) sobre las concepciones alternativas de la responsabilidad individual y el error sistémico que desvelan las acusaciones de ‘falta’ profesional; Bessy y Chateauraynaud (1995) sobre la economía política de las “pruebas de autenticación”; Dodier (1993 y 1995) sobre el virtuosismo técnico y moral que demuestra los médicos e inspectores de trabajo y los operarios industriales en la laboriosa tarea cotidiana de ajuste a un entorno económico, organizacional y tecnológico cambiante (Dodier, 1995); Eymard-Duvernay y Marchal (1997), sobre el trabajo administrativas de estandarización de cualificaciones laborales y los procedimientos de selección de personal de las empresas; Chiapello (1998) sobre los problemas de coordinación entre creadores y administradores en el seno de organizaciones culturales como orquestas sinfónicas, empresas editoriales o productoras audiovisuales; Lemieux (1999) sobre el trabajo periodístico de construcción de denuncias públicas y sus críticas; Chateauraynaud y Torny (1999) sobre la pragmática de la ‘alerta pública’ contra riesgos tecnológicos y epidemiológicos; y, por supuesto, Boltanski y Chiapello (1999) sobre los problemas de despliegue de la acción en régimen de justicia sobre un mundo de naturaleza conexionista. Este programa de investigaciones también se ha extendido recientemente al estudio de diferentes fenómenos y acontecimientos relacionados con el mundo de las finanzas. Cabe destacar aquí especialmente el trabajo de Damien de Blic (2000) sobre el desarrollo temporal de un “escándalo financiero” -la quiebra del banco Crédit Lyonnais- y la construcción política de la línea divisoria que distingue entre pérdidas económicas “responsables” imputables a una gestión negligente y pérdidas económicas “exógenas” atribuibles al ciclo macroeconómico o la cultura financiera de un país.

una Séptima Ciudad en curso de formación en el seno de las sociedades industriales avanzadas. Así, por ejemplo los trabajos de Lafaye y Thévenot (1993) y Latour (1995) han tratado de modelizar en clave de norma irreductible de justicia universal los esfuerzos doctrinales y políticos conjuntos del ecologismo, sin duda la propuesta transformadora de más amplio espectro de entre las promovidas por los llamados Nuevos movimientos sociales, y de su discurso metafísico específico, la ecología política, agente de un importante impulso renovador en la tradición de la filosofía moral.

Por su parte, en su estudio sobre las disputas públicas en torno al concepto de falta profesional, Francis Chateauraynaud sugería ya la posible emergencia en las sociedades contemporáneas de una séptima figura argumentativa de la justicia universal, la de la *incomunicación* (Chateauraynaud, 1991: 237-38). El modelo general de competencias metafísicas de sentido común que codificaría las restricciones a las que ha de plegarse la acción moral en esta Ciudad Informacional ha sido desarrollado con posterioridad por Laurent Thévenot en una serie de trabajos sobre los regímenes pragmáticos de coordinación convencional que permiten implementar la acción social en entornos cognitivos crecientemente objetivados y distribuidos.<sup>23</sup> En sintonía con estos trabajos iniciales sobre las nuevas metáforas informacionales y cognitivistas que nutren nuestro sentido común de la justicia, Luc Boltanski y Eve Chiapello (1999) han ofrecido recientemente una examen prolijo y detallada de la hipótesis que sostiene que en la nueva terminología de *lo reticular* y sus variantes accesorias -conectividad, distributividad- desarrollada durante los últimos 30 años el campo de las ciencias sociales teóricas y aplicadas se encontraría el verdadero motor de una posible innovación sistemática y duradera de nuestras reglas de moral cotidiana.

### El mundo de las redes y la ciudad de los proyectos

---

<sup>23</sup> “De las ‘autopistas de la información’ a la sociedad de la información’, la noción de información conoce en nuestros días un uso tan extendido, que manifiesta tales capacidades de puesta en relación y puesta en valor de las actividades humanas y de sus equipamientos, que puede verse en obra la gestación de un nuevo valor moral (*grandeur*) y de una nueva “ciudad informacional”, del mismo modo que se puede identificar también un nuevo valor moral verde o ecológico en curso de elaboración. La noción de información se insinúa en la apreciación de las situaciones cotidianas más diversas y en la evaluación de las competencias de las personas. Argumentaciones cada vez de más amplio alcance se apoyan sobre los equipamientos propios de las técnicas de la información, desde la informática a los medios, para referirse a un bien común susceptible de beneficiar a todos. Se elabora así una nueva forma de justificación pública que reposa sobre la común dignidad de estar informado y sobre una prueba de comunicación.” (Thévenot, 1997: 233).

Sin lugar a dudas trabajo investigador de mayor impacto académico (y público) desarrollado en el marco del proyecto teórico del Grupo de Sociología Política y Moral de la EHESS, es la obra de Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le Nouvel Esprit du capitalisme*, improbable éxito de ventas en las librerías francesas tratándose de un libro de ¡más de 800 páginas! A través de un tratamiento analítico muy pormenorizado de un imponente corpus de materiales empíricos de naturaleza heterogénea (literatura para ejecutivos, investigaciones sociológicas, ensayos críticos, así como los más variopintos datos estadísticos sobre la evolución de las estructuras económicas y sociales), la prolija investigación de Boltanski y Chiapello reconstruye paso a paso el largo encadenamiento pragmático de operaciones metafísicas cotidianas de crítica, puesta a prueba legítima, categorización y desplazamiento forzado de los vínculos convencionalmente establecidos entre sujetos y objetos que ha arrojado como resultado provisional el surgimiento de una nueva lógica de acumulación capitalista basada en la movilidad continua de los trabajadores altamente cualificados a través de un itinerario ininterrumpido de nuevos proyectos de desarrollo empresarial.

Resumido en pocas líneas, el argumento macro de Boltanski y Chiapello pone en relación la lenta configuración histórica de las categorías convencionales de justicia que definen el orden cívico-industrial del Estado de Bienestar, así como la progresiva sustracción posterior del mundo mercantil a la prueba de las instituciones cívico-industriales (mediante la invención de una plétora de nuevos entes productivistas como las redes sociales, los equipos de proyectos o el desarrollo personal) con los vaivenes políticos, más o menos contingentes, que determinan, en cada momento histórico, el grado desigual de fortaleza o consistencia intelectual que alcanzan las dos tradiciones clásicas de denuncia intelectual del capitalismo: de una parte, la “crítica social”, que denuncia como ilegítima la distribución extremadamente desigualitaria de los recursos productivos que arroja a largo plazo la dinámica de acumulación mercantil irrestricta; de otra, la “crítica artista”, especializada en denunciar como ilegítimo el socavamiento de la dignidad humana (la ‘alienación’) de aquellos amarrados al banco de la producción capitalista.<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Esta obra puede también ser vista como un análisis oblicuo -o no tan oblicuo, cf. Boltanski y Chiapello (1999: 243-265)- de las consecuencias que, para la transformación a largo plazo de la sociedad francesa, tuvo el proceso de efervescencia revolucionaria que culminó con los famosos acontecimientos de mayo del 68. Luc Boltanski ha contado cómo, tras la publicación de su obra *La distinción*, en 1979, su maestro Pierre Bourdieu le había propuesto, en su calidad de discípulo predilecto, comenzar a trabajar en la escritura conjunta de “un gran libro sobre mayo del 68” (Dosse, 1996: 56). Aunque el proyecto de libro nunca llegó a materializarse, todo indica que *Le Nouvelle Esprit du Capitalisme* tiene como uno de sus puntos de partida aquella primera aproximación sociológica crítica a las estructuras sociales subyacentes de la dinámica revolucionaria que

La aportación principal del libro es la indagación sobre la posibilidad de un nuevo modelo de metafísica política a la que se da en llamar la Ciudad por Proyectos (*Cité par Project*), que clarificaría el nuevo sentido de la justicia emergente en los corazones de aquellos que llevan ya varias décadas inmersos en la vorágine de lo que en los medios de comunicación han bautizado como *La nueva economía* (Boltanski y Chiapello, 1999: capítulo II). No en vano, el nombre elegido por Boltanski y Chiapello para bautizar a esta séptima ciudad es una paráfrasis de la expresión “gestión por proyectos”<sup>25</sup>, el mantra incesante que ha venido siendo pregonado por un gran número de ‘gurús’ de la reingeniería de procesos y la gestión de la calidad total y aplicado por un gran número de ejecutivos empresariales para la reorganización de los negocios empresariales en ramas tan variadas como la producción industria informática y de telecomunicaciones, la producción de maquinaria pesada, los servicios de entretenimiento o, más recientemente, los servicios públicos.

El valor legítimo, la *grandeur* propia de la Ciudad por Proyectos, es la *actividad*. “En la Ciudad por Proyectos, el equivalente general, aquello respecto de lo cual se mide el valor

---

Boltanski emprendió durante los últimos años de su etapa como investigador adscrito al Centro de Sociología Europea de la Escuela de Altos Estudios de París dirigido por Bourdieu. En este sentido puede sostenerse que si la publicación en 1990 de *L’amour et la justice comme compétences*, un estudio comparativo de las operaciones de denuncia pública llevadas a cabo por sociólogos y ciudadanos legos, supuso la “salida del bourdieusismo” de Luc Boltanski (Dosse, 1996: 56ss), *Le Nouvelle Esprit du Capitalisme*, supone en cierto modo un retorno de Boltanski a algunos de los temas macrosociológicos y los enfoques teóricos de su vieja agenda de colaboración con el marco teórico de Bourdieu. En particular, las partes primera y segunda de *Le Nouvelle Esprit* pueden ser leídas como una vuelta de tuerca y a la vez como una generalización del argumento de *Les cadres* (Boltanski, 1982), su impresionante investigación socio-histórica sobre la labor de “representación” y “puesta a prueba” estadística, sociológica y política de la “incertidumbre posicional” (id.: 33-36) de los cuadros directivos de empresa, que fue necesaria para hacer emerger a este grupo heterogéneo de individuos como “nueva clase social” en el seno de la sociedad francesa de mediados del siglo XX.

<sup>25</sup> “Hemos decidido llamar “Ciudad por Proyectos” al nuevo aparato justificador que nos parece estar actualmente en formación... Esta expresión está calcada de una denominación frecuente en la literatura de gestión empresarial: la organización por proyectos. Con esta etiqueta suele evocarse una empresa cuya estructura está hecha de una multitud de proyectos que asocian entre sí a personas distintas entre las cuales algunas participan en varios proyectos a la vez. Dado que es consustancial a la naturaleza de este tipo de proyectos el poseer un comienzo y un fin, los proyectos se suceden y se reemplazan, recomponiendo, al albur de las prioridades y las necesidades, los grupos o equipos de trabajo. Por analogía, puede hablarse de una organización general de la sociedad por proyectos.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 158). Como muestran Faulkner y Anderson (1987), existe ya desde hace tiempo un tipo cuasi-ideal de mundo productivo articulado en la forma de una trama de redes sociales sobre el que se erige una forma general de organización social articulada en base a operaciones de conmutación entre proyectos productivos a corto plazo: se la industria cinematográfica de Hollywood y el mundo social en el que habitan sus trabajadores, tanto los actores y directores ‘estrella’ como los diferentes profesionales y técnicos especializados. Para una investigación reciente sobre la interacción entre proyectos productivos y redes sociales en el mercado de los guionistas de cine y televisión vid. Bielby y Bielby (1999). Sampson (1996) ha argumentado sobre la progresiva subsumción del concepto clásico de sociedad civil dentro del mundo de los proyectos a partir de una investigación sobre la puesta en marcha de programas de ayuda económica destinados a operar la transición democrática en los países de Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín. Para un desternillante informe periodístico del tipo antropológico ideal de la ciudad por proyectos, el “burgués bohemio” (en inglés Bourgeois-Bohemian or simplemente BoBo), véase Brooks (2001).

legítimo de las personas y las cosas, es la *actividad* [...] En la Ciudad por Proyectos la actividad supera las oposiciones entre trabajo y no-trabajo, entre lo estable y lo inestable, entre el asalariado y el no asalariado, entre el interés y la benevolencia, entre aquello que es valioso en términos de productividad y aquello que, no pudiendo ser objeto de medida, escapa a toda evaluación contable.” (id., 165). El continente práctico de la actividad en el dominio de acción definido por un mundo reticulado es *el proyecto*. Definido como “la ocasión y el pretexto para la conexión”, “un cabo de red fuertemente activo durante un periodo relativamente corto pero que permite forjar lazos más duraderos que serán luego enterrados para poder seguir disponibles”, el proyecto es el dispositivo que “permite la producción y la acumulación en un mundo que, si fuese puramente conexionista, no conocería más que flujos, sin que nada pudiese estabilizarse acumularse o tomar forma.” (id., 56-57).

Este término absolutamente crucial en el vocabulario de la gestión empresarial moderna ha pasado a ser usado en el lenguaje común para designar una fórmula convencional de encuadramiento espacio-temporal de la acción humana que se lleva a cabo dentro de un mundo común continuo y difuminado (una “red sin costuras”) como el que, según los autores, se habría venido moldeando a lo largo de los últimos cuarenta años sobre el patrón de los nuevos sistemas de producción flexibles. Más allá del ámbito de la gestión empresarial, el tópico del proyecto (“proyecto político”, “proyecto solidario”, “proyecto vital”, “proyecto estético”, “proyecto investigador”, “proyecto familiar”), introduce un conjunto elemental de restricciones convencionales de carácter muy general (un inicio, un planteamiento de objetivos, un presupuesto de recursos, un plazo de conclusión) con las que intentamos contener dentro de un conjunto limitado de dimensiones evaluables (innovatividad, conectividad, empleabilidad) el despliegue virtualmente incontenible de la acción social en un espacio difusivo de redes sociales. Pero, paradójicamente, “es precisamente en la medida en que el proyecto es una forma transitoria puede ajustarse a un mundo en red: la *sucesión de proyectos, al multiplicar las conexiones* y al hacer *proliferar los vínculos* tiene como efecto *la extensión de las redes*.” (id., 167). En efecto, la forma-proyecto, islote transitorio de orden caótico (complejo y precario) en un océano de desorden azaroso, constituye el catalizador perfecto para la propagación de las redes y a la vez proporciona una serie de apoyos objetivos, siquiera precarios para la acción discursiva que pretende formular juicios de valor (“esto es mejor/peor que aquello”) en un mundo erigido, paradójicamente, sobre las ruinas del “sueño” o el “engaño” de la moral.

“La noción de ‘proyecto’ en el sentido en que la entendemos aquí, puede ser entendida como una formación de compromiso entre exigencias que se presentan en principio como antagonistas: aquellas que provienen de la representación en red y aquellas otras inherentes al deseo de dotarse de una forma que permita soportar un juicio y generar órdenes justificables. Sobre el tejido sin costuras de la red, los proyectos dibujan efectivamente una multitud de mini-espacios de cálculo, en cuyo interior el orden puede ser engendrado y justificado.” (id., 160).

La Ciudad por Proyectos está, pues, poblada por nuevos tipos de seres, los *mediadores*<sup>26</sup> (jefes de proyecto, *managers*, consultores), los proveedores, los innovadores, las nuevas tecnologías, las relaciones de confianza, los acuerdos de franquicia, las alianzas de producto, la subcontratación, las sinápsis neuronales, las redes, los proyectos... Para desarrollar la potencialidad común específica de este mundo que es la capacidad virtual de “establecer conexión”, comunicarse, coordinarse, ajuste con los demás, los sujetos han de sacrificarse e invertir en formación continua para lograr ser cada vez más ligeros, tolerantes, adaptables y flexibles, y poder alcanzar así los estados de grandeza propios de este régimen de justicia: la polivalencia, la empleabilidad, la autonomía o la evolución. La capacidad para salvar las distancias (sociales) a base de construir mediaciones entre posiciones muy alejadas (vgr. de establecer vínculos a la vez improbables y fructuosos) es así la medida por excelencia de la grandeza en la Ciudad por Proyectos. En el retrato antropológico robot del ciudadano modelo de esta ciudad, la *movilidad*, la *tolerancia*, la *ligereza* y la *ambivalencia* constituyen los atributos esenciales que definen la “grandeza moral” de los sujetos. El talante moral del ciudadano modelo plenamente integrado en la lógica de la conmutación constante entre proyectos diferentes de duración limitada, se caracteriza sobre todo por la *ambivalencia* entendida aquí como la sospecha frente a todo “moralismo” basado en un sistema de convenciones. A efectos de la eventual emergencia de un régimen de justicia específico de un mundo conexionista, la ambivalencia parece erigirse como la postura moral legítima en un mundo radicalmente cambiante e incierto.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> “Esta ciudad se apoya sobre la actividad del *mediador* tal se muestra en la formación de redes, actividad cuyo propósito es dotar a las redes de objetivos a alcanzar o bien de propiedades sustantivas de entidades entre las cuales pueda efectuarse la mediación. Desde esta perspectiva la mediación en sí misma un valor o mejor, desde el punto de vista de nuestro cuadro conceptual, una *grandeur* específica de la cual todo actor es susceptible de prevalerse en la medida en que “pone en contacto”, “establece vínculos” y contribuye por tanto a “tejer redes.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 161-162)

<sup>27</sup> “El “grande” de la Ciudad por Proyectos [...] ha retenido del psicoanálisis y, en general de la difusión de [lo que Paul Ricoeur ha llamado] “filosofías de la sospecha”, que hay que saber liberarse del moralismo levantando la sospecha sobre los motivos ocultos de toda empresa de moralización y reconociendo la validez de la ambivalencia. Los numerosos útiles de origen analítico integrados en la Ciudad por Proyectos se orientan a un desarrollo del realismo: sirven para mirar a la realidad cara a cara, sobre todo, la del deseo, tratado como un dato

Penúltima “justificación” elaborada por los actores inmersos en sistemas de acumulación capitalista frente a los sinsentidos de la alienación y la explotación denunciados por las críticas artista y social, la forma-proyecto trata de contener dentro de fronteras inteligibles y manejables<sup>28</sup> la “hemorragia del sentido” -según el eslogan postmoderno acuñado por Jean Baudrillard- producida por la progresiva y cada vez más generalizada toma de consciencia del carácter arbitrario de toda restricción convencional impuesta sobre las potencialidades ilimitadas del deseo o la voluntad humanas, tal como la ha sido informada por las diversas críticas sociológicas, antropológicas, psicoanalíticas, semiológicas, genealógicas, etc. de los sistemas de valores tradicionales de la obediencia familiar, productividad industrial, creatividad subjetiva, solidaridad cívica, reputación social y competencia mercantil.

#### ¿Una justicia reticular? La ciencia social contra el sentido moral

El síntoma mayor de esta tensión entre valores heterogéneos que amenaza la estabilidad del modelo de justicia conexionista construido por Boltanski y Chiapello lo podemos encontrar en las dificultades que ha tenido que afrontar el trabajo empírico que ha culminado en la elaboración del modelo. Así, mientras que el trabajo de recopilación del léxico básico del mundo conexionista o *mundo-red* (*monde-reseau*) se ha extraído del análisis informático del contenido de textos prácticos gestión empresarial publicados durante la década de los 90, la elaboración de la gramática fundamental de La Ciudad por Proyectos ha tenido que afrontar un obstáculo teórico mayúsculo: heredera moderna, bien que a su pesar, del espíritu analítico de la filosofía política clásica en el que se inspiraba del modelo de ciudad armoniosa elaborado en *De la justification*, la ciencia social contemporánea se ha dedicado, al menos desde la segunda mitad de este siglo, a deconstruir la concepción filosófica clásica de la justicia como valores moral de carácter universal, substituyendo la

---

entre otros, pero también, por la misma operación, a reconocer los límites que la realidad impone al deseo. Es así realista, en un mundo en red, el ser ambivalente (por oposición al “ser de una pieza” propio del mundo jerárquico), porque las situaciones que deben afrontarse son ellas mismas complejas e inciertas.” (id., 184-85).

<sup>28</sup> “Un cierto número de restricciones deben pesar sobre el funcionamiento de una red para que el mismo pueda ser cualificado de justo, en el sentido en que los valores relativos atribuidos a los seres aparezcan como fundamentados y legítimos. Para que esto ocurra es necesario, ante todo, que puedan ser identificadas una serie de pruebas en el curso de las cuales los seres se midan entre ellos sobre la base de una relación que establezca una condición de equivalencia entre ellos.” (id., 159).



apelación a la legitimidad y el bien común por un análisis crítico de los procesos de legitimación considerados como luchas sociales por el poder.

La exégesis de una amplia muestra de textos de ciencia social teórica y aplicada publicados a lo largo de los últimos 30 años que llevan a cabo Boltanski y Chiapello arroja una hipótesis terrorífica: la Ciudad por Proyectos, proyecto de las ciencias sociales, es un proyecto de anti-ciudad donde no parece haber cabida para la instauración de un nuevo tipo de valor moral específico del mundo conexionista. Y es que desde el punto de vista de las teorías clásicas de la justicia, la de ‘proyecto’ es una noción contradictoria, en el sentido de que con ella se intenta recuperar la substancia ontológica del juicio moral a partir de un conjunto heterogéneo de convenciones teorías cuya principal característica en común es justamente la de haber llevado a sus últimas consecuencias la crítica positiva de la moral como forma de “dominación por la metafísica”. La paradoja de la Ciudad por Proyectos consiste en intentar edificar una ciudad política ordenada sobre un suelo antropológico (la red) que se constituye precisamente como negación práctica de la posibilidad de tal modelo de orden político.

Boltanski y Chiapello trazan así las fronteras del mundo conexionista sobre el que pretenden posible llegar a desplegar un nuevo régimen original de justicia universal que dan en llamar Ciudad por Proyectos, a través de un estudio, que puede considerarse en parte auto-referente, de la genealogía teórica y aplicada del concepto de red social desde su uso inicial, en los años 60, en campos como la sociología de la desviación y la sociología de la educación, teñido por lo general de connotaciones peyorativas –así los estudios sobre redes “criminales” y redes “clientelares”- hasta su reinención, a principios de la década de los 80 y dentro del núcleo duro de la teoría sociológica de la comunicación y la organización, como paradigma de la eficiencia y la innovación (id., 216-230). En formas tan dispares la “deconstrucción textual” o el análisis matemático de redes sociales (*social network analysis*) la metáfora de lo reticular y lo conectivo ha pasado a ser investida de un conjunto de acepciones teóricas (flexibilidad, movilidad, eficiencia informacional) y connotaciones morales (individualismo, fidelidad, anti-dogmatismo, creatividad) radicalmente positivas, bien que sospechosamente heterogéneas.<sup>29</sup> La configuración en retícula del vínculo social de carácter comunicacional se asocia ahora con las bondades de la eficacia (flexibilidad,

---

<sup>29</sup> “La referencia a las redes sociales se halla en efecto asociada a la búsqueda de modos de totalización susceptibles de alterar lo menos posible la singularidad de las relaciones identificadas y de los seres que conectan.” (id., 218).

confianza), la justicia (tolerancia, anti-dogmatismo) y el progreso (innovación).

Para el campo académico francés, la historia de la utilización de la noción de red en las ciencias sociales se remonta a la década de los 70 y su caldo de cultivo es el campo de la filosofía crítica, en particular en las áreas de la filosofía de la ciencia y antropología, donde se recurre a modelos ontológicos relacionales con el propósito de atravesar las rígidas fronteras epistemológicas impuestas por el positivismo y abandonar el estilo reduccionista de análisis impuesto por el estructuralismo. El naciente análisis de redes sociales tuvo en su origen una relación problemática con el estructuralismo, con el que comparte el acento sobre las propiedades relacionales y la crítica del sustancialismo, pero del que se diferencia por hacer gala de un mayor grado de indeterminismo. Frente a las servidumbres metodológicas impuestas por la mecánica combinatoria del estructuralismo, basada en la existencia de puntos fijos y de conjuntos acotados de “posibles”, el post-estructuralismo reticular postula el carácter acentrado y temporal de todo mecanismo, con lo que deja espacio a modos de estabilidad estructural más fluidos y lo caótico, que permitan albergar la emergencia de lo nuevo (Dupuy, 1992). El estudio fenomenológico de los actos comunicativos, “lugar lectivo de la innovación” (Michel Serres), que ofreciendo un terreno abonado para un instrumental de totalización analítica (el lenguaje natural) que permite integrar en el seno de los agregados las diferencias observadas en el nivel micro. Los códigos de comunicación se teorizan así como una estructura “emergente” a partir de la acumulación aleatoria de conexiones llevadas a cabo al margen de mecanismos reguladores o “puntos fijos” preexistentes, es sin duda la maniobra esencial que ha permitido a los impulsores del paradigma de redes dotar de base substantiva a su crítica del determinismo estructuralista.

En los Estados Unidos, en cambio, el análisis de redes tiene su origen en el pragmatismo filosófico y en el empirismo radical. Una de sus influencias más poderosas es la semiótica de Peirce, con su teoría de la circulación interminable del sentido a través del espacio triádico que delimitan el signo, el objeto al que refiere y el interpretante (otro signo) que permite establecer la conexión con otros elemento alejados dentro de una cadena significativa infinita. A través de la Escuela de Chicago y del interaccionismo simbólico (Herbert Mead), la metodología combinatoria de la semiótica y el empirismo radical del pragmatismo filosófico, se introducen en sociología. En la década de los 70, la deriva académica de esta corriente sociológica producirá su radicalización en la forma de dos de los más influyentes paradigmas de análisis sociológico contemporáneos: la etnometodología de Garfinkel y Cicourel y, sobre todo, el análisis matemático de redes sociales.

Los modelos de topología estadística y los más avanzados modelos de procesos y flujos estocásticos de información en espacios reticulares, que permiten retratar el orden social de una forma absolutamente *desustancializada*, han solido carecer de un lenguaje interpretativo propio que hiciera justicia al enfoque estrictamente relacional y contingente del sujeto y la estructura social, siendo pervertidos las más de las veces por la importación de vocabularios teóricos de ascendente estructuralista. Si bien permitían dar cuenta analítica de la estabilidad de los patrones de orden (índices de centralidad y densidad reticular) específicos de un universo de relaciones entre relaciones, los conceptos de la antropología estructural importados inicialmente por los estudios de redes sociales no hacían tanta justicia a la parte estrictamente indeterminista de los modelos -los índices de dispersión y variedad, es decir, lo que de inherentemente aleatorio tiene la definición de agregados sociales cuando su origen puede retrotraerse a las desviaciones incesantes de flujo informacional en su circulación incesante a través de espacios multidimensionales de posiciones solapados entre sí. Una buena ilustración de la complejidad analítica y moral específica de esta concepción experta de la vida social es el tratamiento en términos de “entidad emergente, contingente contextualizada” que se le da en ella a una noción tan básica en la vida pública de las ciencias humanas y sociales como es el concepto clásico de *persona*.

En un libro reciente, Harrison C. White, sociólogo de la Universidad de Columbia y uno de los pioneros y teóricos más sofisticados del análisis matemático de redes sociales, ha sostenido que la persona debe ser un constructo teórico-social “de rango medio” en vez de una “precondición límite” de la construcción teórica de las ciencias sociales, como es concebido actualmente por la gran mayoría de teóricos e investigadores. A diferencia de la gran mayoría de los modelos explicativos disponibles actualmente en el campo de la investigación social donde la existencia de la persona se da por supuesta como “un átomo incuestionado”, White no concibe una ciencia social plenamente desarrollada que no asimile la persona como “una encarnación particular de una clase de actores socialmente contruidos, y no la única clase”. Desde este punto de vista, la existencia real de algo así como una “personalidad” es algo que “debe ser explicado”. Y para un discurso teórico que se reclama a la vez relacional y estocástico, la explicación de todo hecho social implica “que deben ser especificados aquellos contextos de análisis en los que [tal hecho] puede, podrá o no podrá ser introducido.” (White, 1992: 196). El sociólogo de las redes formula así un concepto de persona aceptable para una ciencia social que aceptase todas las implicaciones del catecismo anti-sustancialista e indeterminista de la matemática, la física y la biología de finales del siglo

XX:

“Las personas alcanzan el ser y vienen a formarse como solapamientos entre identidades adscritas a diferentes poblaciones de redes. Las identidades y las posiciones prefiguran las personas, pero las personas sólo emerge en la medida en que los contextos se hacen más sofisticados. Las personas se van construyendo en términos de estilos a lo largo de poblaciones distintas. [...] Una identidad personal presupone redes distintas -no sólo en términos de espacios diferentes sino con tonos diferentes... Los identidades son la base a partir de la cual se construyen las personas. Las identidades se desencadenan. Son subproductos que surgen de los desfases que ocurren entre los procesos de encastramiento de diferentes disciplinas, por un lado, y por medio de las contingencias que corren sobre las historias de las redes y de sus ecologías poblacionales.” (White, 1992: 196-97).

El proyecto investigador de la Ciudad por Proyectos emprendido por Boltanski y Chiapello en *Le Nouvelle Esprit du capitalisme* puede entenderse, en fin, como la materialización práctica de una de las varias respuestas posibles a la siguiente pregunta de sentido común: ¿es posible juzgar moralmente sobre un mundo donde los seres colisionan entre sí movilizados exclusivamente bajo la forma de “fuerzas”? O lo que es lo mismo ¿cuales serían los valores propios de un “universo de azar”?

En la metafísica pragmatista elaborada a principios del siglo XX por el filósofo estadounidense Charles S. Peirce encontramos una respuesta alternativa a esta pregunta: la “diversidad” se construye allí como el valor (*¿grandeur?*) específico de un mundo en constante cambio (evolutivo) donde las regularidades se haya *dominadas* por los “hábitos” entendido, al modo termodinámico, como fluctuaciones espontánea de las leyes (vitales) de un universo que sólo puede calificarse como “puramente aleatorio” (Peirce, 1958 [1892]: 173ss). Más específicamente, la dimensión normativa del principio anti-determinista de la diversidad aleatoria fue destilado por Peirce en su teoría del “amor evolutivo” (*evolutionary love*), forma a la vez cósmica y humana de amor cuya acción se rige por el principio de “abrazar aquello que se haya más opuesto a ella, como una forma degenerada de sí” (citado en Brent, 1997: 215). Inacabado como tantos otros de sus proyectos intelectuales, este auténtico ejercicio de metafísica política emprendido por Peirce con el propósito último de contribuir a renovar la teología cristiana (Brent, 1997: 214), pretendía desarrollar el sistema moral adecuada al propósito cognoscitivo -un universo que se conoce a sí mismo (Hacking, 1993: 101-303)- implícito en el concepto lamarckiano de evolución.

Casi un siglo después, a finales de la década de 1970, la “nomadología” de los filósofos post-estructuralistas franceses Gilles Deleuze y Felix Guattari, una pretendidamente original ontología libertaria de los espacios “rizomáticos”, síntesis metafórica de los principios metafísicos de lo conectivo y lo heterogeneo -“cualquier punto del rizoma puede

ser conectado con cualquier otro” (Deleuze y Guattari, 1994: 13)-, convirtió, con la colaboración inexcusable de la practicidad propia de las ciencias sociales aplicadas, una traducción básicamente unilateral, *negativa* de la metafísica pragmatista de Peirce en uno de los más poderosos esloganes publicitarios del nuevo imperio productivo de la descentralización capitalista y la movilidad laboral.<sup>30</sup> Efectivamente, ha sido la sociología del conocimiento científico y tecnológico, notablemente con el desarrollo de la llamada teoría de las “redes-actor”, concebida por los sociólogos Bruno Latour, Michel Callon y John Law a principios de los 80 en parte como trasunto auténticamente pragmático del excesivamente idealista Tratado de Nomadología de Deleuze y Guattari (Callon y Latour, 1981: n. 25; Lee y Brown, 1998: 238-243), la verdadera “mediación” que ha llevado al espiritual vagabundeo aleatorio por los espacios rizomático-fractales a una suerte de feliz concreción tecno-económica (Boltanski y Chiapello, 1999: 183 y 220).

La anti-metafísica política de las “líneas de fuerza” y los “planos de inmanencia”, traducida como sociología de la ingeniería de mezclas heterogéneas entre actantes humanos y no-humanos, sólo culmina realmente como muy literal “agenciamiento maquínico” en la formalización, por los sociólogos de las redes-actor, de un conjunto de métodos cientométricos de indicadores estadísticos de la producción científica -el análisis de palabras asociadas (Callon, Courtial y Penan, 1993: capítulo 8) o el método de grafos socio-técnicos (Latour, Maugin y Teil, 1992)- y posteriormente con el desarrollo tecnológico de herramientas informáticas de análisis de artículos científicos y patentes tecnológicas (como los programas de tratamiento automático de textos Leximappe<sup>TM</sup> y Candide<sup>TM</sup>), aplicadas con éxito en tareas de supervisión y gestión de proyectos públicos de desarrollo científico e innovación tecnológica, así como de proyectos empresariales de desarrollo y comercialización de nuevos productos de consumo.

El ejercicio de reflexividad sociológica de Boltanski y Chiapello proponen considerar también, finalmente, el modelo teórico de los regímenes de acción en justicia de Boltanski y

---

<sup>30</sup> “Gracias a los apoyos que estas nuevas representaciones reticulares del mundo han podido encontrar en los desarrollos recientes de la filosofía política, la ontología de la red ha sido establecida en buena medida con la intención de liberar a los seres humanos de las servidumbres de justificación que hacía pesar sobre ellas la acción de las metafísicas en dos niveles –uno ocupado por seres dispersos, el otro por convenciones que permiten compararlos en condiciones de equivalencia para poder así someterlos a juicio- características de las filosofías políticas del bien común a partir de las cuales hemos derivado nuestro concepto de ciudad armoniosa. Contra estas construcciones a dos niveles, la red se presenta como un “plano de inmanencia” según la expresión de G. Deleuze, dentro del cual la prueba se define completamente como “prueba de fuerza” o simplemente como “composición de contactos”, o aun como “encuentro” con la intención de ahorrarse los bucles de reflexividad que pasan por un juicio moral.” (id., 160).

Thévenot como una pieza mayor del nuevo mundo conexionista cuya emergencia postulan. Efectivamente, vista desde la perspectiva propia de este eventual “séptimo mundo común”, una obra como *De la justification* habría intentado llevar a cabo, sobre el concepto clásico de *juicio moral*, un trabajo de desustancialización análogo al de las críticas post-estructuralistas de la metafísica política clásica “en dos niveles”.<sup>31</sup> Efectivamente, la construcción del sentido moral característico de los habitantes de las sociedades modernas formulada en el modelo de economías de la legitimidad de Boltanski y Thévenot se decanta también por la apertura hacia lo pragmático (así, el paso del “acto” de juzgar a la “competencia” de juicio), lo múltiple (su concepción de una “pluralidad” de regímenes de acción en justicia) y lo aleatorio (el compromiso entendido como “montaje combinatorio”). Defendiendo por tanto un nuevo sentido de la justicia que sólo pueden desarrollar aquellas personas como nosotros, ciudadanos occidentales del siglo XXI, a quienes la tradición histórica ofrece un abanico de seis metafísicas políticas distintas a partir de las cuales poder construir justificaciones híbridas apropiadas para dar cuenta de acciones innovadoras.

#### De la flexibilidad productiva a la flexibilidad moral

Para hacerse una idea del tipo de cambios que permite describir la hipótesis de la incipiente configuración de La Ciudad por Proyectos, en relación con las posibilidades descriptivas que ofrecen sus más directos competidores dentro del marco teórico de *De la justificación* -la Ciudad Mercantil, la Ciudad Inspirada, la Ciudad Doméstica y la Ciudad Industrial- considérese por ejemplo el dilema actual que plantea el desarrollo de uno de los ejes institucionales estratégicos que vertebran el esqueleto del nuevo régimen informacional de organización social de la producción: el sistema legal de la asignación de derechos de propiedad intelectual sobre las creaciones artísticas y las invenciones tecnológicas.

La existencia del complejo burocrático de las normas de calidad industrial y los

---

<sup>31</sup> “El modelo de *De la justification* que hemos aplicado aquí precisamente para dar forma la Ciudad por Proyectos y cuya intención original, puramente descriptiva, era la de contribuir a la formulación de una antropología de la justicia, puede ser dado la vuelta para soportar una orientación moral perfectamente adecuada para la actividad de los tejedores de redes, si vemos en la posibilidad -de la cual este modelo dota a las personas- de cambiar de principios éticos y de legitimidad según las situaciones o los mundos por los que se atraviesa, una marca de excelencia humana o bien el fundamento de una nueva moral: los “mejores” no son “rígidos”; saben a la vez comprometerse y modificar sus compromisos; ajustarse a la situación existente y adaptarse a las nuevas situaciones, etc.” (id., 687, n. 19).

derechos de propiedad intelectual va de la mano de un modelo característico de justificación pública: el discurso, tan típico de las grandes corporaciones industriales, los gremios profesionales y los creadores artísticos consagrados, sobre la necesidad de proteger “intangibles” tales como una obligación crediticia, una patente farmacéutica o una partitura musical, contra determinado tipo de acciones fraudulentas (la falsificación, el plagio) que amenazan con destruir los valores materiales (el precio, el beneficio) y/o espirituales (el estilo, la personalidad) que sus propietarios legítimos les asignan. Pero desde el punto de vista de regímenes de justificación alternativos, la puesta en circulación de “imitaciones fraudulentas” puede ser considerada también una forma perfectamente legítima de denuncia pública: una acción destinada a desvelar cómo, bajo el manto de grandes categorías metafísicas como la calidad, la originalidad y la singularidad, lo que se ocultan en realidad son precios abusivos, clientelas cautivas e imposturas intelectuales.

La existencia de entes colectivos paralelos, como las normas de defensa de la competencia, las asociaciones de consumidores, los estándares industriales, las academias de crítica ‘deconstructivista’ o nuevas vanguardias culturales como el movimiento del “arte apropiatorio” (Izquierdo, 2000), se apoya sobre la validez de este tipo de argumentación. La institución de la propiedad intelectual, apoyada sobre los conceptos fundamentales de “autoría” y “originalidad” individual, es una figura a caballo entre la lógica inspirada, la lógica mercantil y la lógica cívica que respeta el mito del creador individual. En la Ciudad por Proyectos, la *autenticidad personal* en vez de ser fruto del aislamiento tiene como fuente la asociación múltiple. La creación inspirada tiene como origen un don individual, mientras que la creación reticular es una operación de recombinación (id., 192-93). La dinámica de la innovación científica se confunde aquí con la dinámica del entretrejimiento de redes de relaciones sociales: las relaciones de confianza implicadas en la comunicación personal -de la que la comunicación entre el maestro y los alumnos en el aula es el paradigma- proporcionan los medios más eficientes para economizar recursos en las tareas de seleccionar información y darle sentido, fundamentales para la producción de conocimiento nuevo.

Por otro lado, la Ciudad por Proyectos se distingue de la ciudad mercantil en el énfasis puesto sobre el valor del tipo de información altamente concreta y específica que vehiculan las relaciones de confianza materializadas en intercambios conversacionales cara a cara -en vez de sobre aquella abstracta generalizable que vehiculan los precios y los estándares (id., 193-195). Esta diferencia tiene consecuencias al nivel del tipo de duraciones socialmente esperadas por los agentes (puntuales en el intercambio mercantil, prolongadas en el proyecto

regulado por redes de relaciones) y sobre el principio de justificación empleado por los agentes para validar sus acciones (pruebas de competencia en el caso mercantil y pruebas de coo-petencia o cooperación-competencia en el caso reticular).

Junto con trabajadores de las industrias de propiedad intelectual -creadores, productores, economistas, abogados, etc.-, los profesionales de los servicios financieros avanzados constituyen otro de los grandes baluartes sociales de este presunto Nuevo Mundo económico y político. Los ingenieros financieros y los *traders* que operan en los mercados internacionales de derivados serían desde este punto de vista uno de los contingente humanos más propensos a contraer, por su mayor grado de exposición a actividades productivas flexibles e inciertas, el virus de flexibilidad y la incertidumbre cognitivas y morales que anima la vida cotidiana en La Ciudad por Proyectos. El tipo de representación conexionista o relacional del mundo económico que sustancia el saber del ingeniero financiero es, por un lado, particularmente adaptado, para sacar provecho económico en un entorno donde las relaciones sociales son el principal vehículo de información fidedigna sobre los fundamentos de valor de las inversiones especulativas. Por otro lado, el mantenimiento de una estructura de diferenciación institucional, bien que cada vez más débil, produce una visión muy diferente de la tarea conexionista del ingeniero financiero. Bajo el signo de la defensa de la autonomía académica, la competencia mercantil, la transparencia política o la estandarización industrial, la puesta en práctica de las tecnologías conexionistas de los productos derivados no se resiste a la formulación de la crítica y aun la denuncia como fuente de promiscuidad social, de comercio ilegítimo y, en particular, ilegal, entre esferas de acción social relativamente autónomas.

Sin embargo, la valoración última, en términos morales, de la aventura innovadora de los ingenieros financieros, no puede prescindir de uno u otro de estos dos aspectos, esto es, de los beneficios y los perjuicios inherentes a toda operación de arbitraje en un espacio de redes sociales débilmente diferenciado. Más acá de la condena penal y más allá de la legitimidad pública, el arte conexionista del ingeniero financiero se nos revela en este caso como revelador supremo de la ambivalencia moral que suscita un programa de innovación tecnológica que, abrazada a una teoría abstracta de la comunicación basada en la búsqueda de la máxima eficiencia en el transporte de flujos de información normalizada a través de un espacio estadístico -el modelo de una red social “sin costuras”- se impone como objetivo el rediseño a gran escala del tejido, todavía con costuras, de relaciones sociales que sostiene a las modernas economías de mercado.



## Conclusión

La reciente revitalización del espíritu original del movimiento etnometodológico ha venido de la mano de un conjunto de innovaciones conceptuales producidas por la hibridación del pragmatismo filosófico anglosajón con la filosofía moral del Continente Europeo. Los trabajos teóricos fundadores de Boltanski (1990) y Boltanski y Thévenot (1991) han abierto de nuevo la puerta de la legitimidad sociológica al trabajo empírico de caracterización detallada del equipaje mundano de “habilidades metafísicas” (el “sentido común de la justicia”) implicado en las operaciones metonímicas (notablemente, los cálculos estadísticos) de clasificación de atributos y asociación causal de circunstancias que llevan a cabo cotidianamente todas las personas. Contribuyendo así a despojar (¿liberar?) al sociólogo de la pesada carga, un poco masoquistamente auto-impuesta, de tener que decidir el último tanto sobre la autoría real de las acciones como sobre la magnitud real de los riesgos. Contra la crítica sociológica del derecho entendido como herramienta de ‘violencia simbólica’, como “fuerza” de “legitimación” de un orden ilegítimo impuesto en contra de la voluntad general (Bourdieu, 2000), es posible presentar una concepción alternativa del derecho como sistema de transporte de la legitimidad, es decir, como herramientas de cristalización del sentido común de la justicia.

“Uno de los signos de la formación de una nueva ciudad es sobre todo el desarrollo de un derecho específico. Efectivamente, el derecho constituye un dispositivo de control de la validez de las pruebas y de los recursos en caso de litigio sobre su puesta en práctica. [...] El derecho impone restricciones en cuanto a la manera de emplear los recursos propios de un mundo, de manera que se limitan las conductas excesivamente predatorias que pondrían en peligro la lógica sobre la cual reposa ese mundo. Al mismo tiempo contribuye a asegurar la legitimidad... Los desplazamientos, que tratan de escapar a las pruebas más sólidamente asentadas sobre las normas jurídicas, al transportar las relaciones de fuerza hacia las zonas de menor resistencia legal, ponen por tanto de manifiesto, *a contrario*, la fuerza del derecho.” (Boltanski y Chiapello, 1999: 498-500).